

RAFAEL ANTONIO TERCERO

M A S F E R R E R
UN ALA CONTRA EL HURACAN

ENSAYO

PRIMER PREMIO REPUBLICA DE EL SALVADOR

CERTAMEN NACIONAL DE CULTURA

1 9 5 7

MINISTERIO DE CULTURA
DEPARTAMENTO EDITORIAL
SAN SALVADOR, EL SALVADOR, C. A.



COLECCION CERTAMEN NACIONAL DE CULTURA

11

M A S F E R R E R

UN ALA CONTRA EL HURACAN

*Hecho el depósito
que marca la ley*

*Primera edición
Departamento Editorial
del Ministerio de Cultura
San Salvador, 1958*

Impreso en los Talleres del
DEPARTAMENTO EDITORIAL DEL MINISTERIO DE CULTURA
San Salvador, El Salvador, C. A.

1 9 5 8



RAFAEL ANTONIO TERCERO

M A S F E R R E R
UN ALA CONTRA EL HURACAN

ENSAYO

PRIMER PREMIO REPUBLICA DE EL SALVADOR
CERTAMEN NACIONAL DE CULTURA
1957



MINISTERIO DE CULTURA
DEPARTAMENTO EDITORIAL
SAN SALVADOR, EL SALVADOR, C. A.



ACTA DEL JURADO CALIFICADOR

En la Dirección General de Bellas Artes, de San Salvador, reunidos los suscritos Jurados para la Rama Ensayo del III Certamen Nacional de Cultura, que se celebra en virtud del Decreto N° 1203, emitido por la Asamblea Legislativa de la República de El Salvador, dejamos constancia por medio de la presente Acta:

1º—Que recibimos en nuestros respectivos domicilios de León, Nicaragua, Guatemala y San Salvador, los diez y ocho trabajos presentados a concurso y enumerados a continuación:

Nostalgia del Paraíso, por Argos; Desarrollo Literario de El Salvador, por Géminis; Montalvo y Menéndez Pelayo, por Guishte; El Tema del Cisne en Rubén Darío, por Octavio Augusto; Masferrer, un ala contra el destino, por Salvador Wégiz; A la Sombra de Don Quijote, por Los de León; J. Trinidad Reyes, por Marabunta del Valle; Derecho Aborigen en Centro América, por Pipil; Medio siglo de poesía salvadoreña, por Juan de Dios del Cid; La rama verde, por El

Emisario; Gavidia, por Alcyone; Política de Estados Unidos y Poesía de Hispanoamérica, por Juan de las Viñas; Francisco Gavidia y Rubén Darío, por Fervoroso; El Teatro Oriental y sus características, por Petrus; Reflexiones de un hombre arrodillado, por E. N. Pahes; El Salvador, una democracia cafetalera, por Clemente Silva; Los ciclos históricos de la evolución humana, por Uko-Auso; y Prolegómenos para un estudio sobre la educación que debe darse a los tiranos, por el Indio Juan.

2º—*Que reunidos para calificar los citados trabajos, resolvimos, de común acuerdo, y en vista del innegable mérito que tiene la mayoría de ellos, dividir tanto el primero como el segundo premio, en dos partes, concediendo el primer premio a las dos obras tituladas: Desarrollo Literario de El Salvador, por Géminis, y Masferrer, un ala contra el destino, por Salvador Wégiz; y el segundo premio a las obras tituladas Reflexiones de un hombre arrodillado por E. N. Pahes y Francisco Gavidia y Rubén Darío, por Fervoroso.*

3º—*Al adjudicar estos premios se tuvo en consideración, para la obra Desarrollo Literario de El Salvador, su valiosa información documental, así como el serio estudio que hace, a través de los años, de las letras salvadoreñas; y para la titulada Masferrer, un ala contra el destino, su originalidad en la interpretación del pensamiento y las luchas del gran maestro salvadoreño; respecto a los segundos premios, se tuvo en consideración, para Reflexiones de un hombre arrodillado, el estar escrito en lenguaje atractivo y tratar asuntos de hondo interés humano; y para Francisco Gavidia y Rubén Darío, su valiosa descripción histórica de la influencia de Gavidia en el nacimiento del Modernismo y por establecer de manera clara la participación del primero en el desenvolvimiento de la personalidad del segundo.*

4º—*Teniendo en cuenta el mérito de los siguientes trabajos: A. la sombra de Don Quijote, El Salvador, una democracia cafetalera y Nostalgia del Paraíso, los suscritos recomiendan especialmente su publicación por cuenta del Ministerio de Cultura.*

En la ciudad de San Salvador, República de El Salvador, a los veinte y nueve días del mes de octubre de mil novecientos cincuenta y siete.

Carlos Samayoa Chinchilla.

Mariano Fiallos Gil.

Alfonso Morales.

NOTA: Este libro se publica con el título original de la obra presentada por el autor, diferente del que aparece en el Acta del Jurado.

CAPITULO I

ALMA RURAL

La mujer se detuvo en el atrio y sintió alivio cuando la niebla mañanera le envolvió la cara. Leonor Mónico no había resistido hasta el final la misa y paso a pasito, como una Dolorosa, había llegado hasta la puerta.

Un alguacil ataba su cabalgadura a uno de los pilares de la Alcaldía. En el centro de la plaza, jugaban dos muchachos tirando al aire un platillo de peltre, en espera de que la tiendita de la esquina terminara de abrir sus puertas, a donde irían a comprar la cemita y el cartucho de café y el centavo de sal.

Leonor arregló de nuevo su chal y dejó uno de sus extremos cubriendo el vientre abultado. Ella tendría un varón, pensó, como han pensado siempre todas las futuras madres. Y le vería un día jugar así, descalzo, indiferente a toda preocupación, mientras ella le esperaría en el rancho, a que él regresara con el plato de peltre y la cemita y el café y la sal. Leonor Mónico sueña despierta, porque va a ser madre.

¡Madre! El misterioso instinto encerrado en una sola palabra; dorada ilusión que viene desde el fondo de los siglos y va también al fondo de los siglos y pone eréctiles los pechos de las adolescentes y les madura el pezón bajo todos los climas. Misterioso acontecer que empezó alguna vez y que ya no terminará nunca. Hilo sutil que enhebra destinos y prolonga la infinita historia del mundo. Es una palabra dolorida y alegre, en su alternativa de esperanzas y desfallecimientos. El claustro materno es como un puerto libre, de donde zarparán los barcos de todas las banderas y hacia todos los rumbos y diferentes vientos hincharán sus velas. No importa los mares por donde navegue el hombre, ya sea el oscuro mar de los fracasos o ya atraviése la Mar Tenebrosa para descubrir continentes, siempre habrá iniciado el viaje en la misma forma...

Y Leonor Mónico va a ser madre. Y quiere un varón que se imagina en forma vaga, como visto a través de la neblina de Tecapa, el pueblo que ha empezado a despertar. Cruza ella las calles y ya en las afueras del pueblo alguien la saluda a distancia. Es don Manuel Bautista, el joven que estudia en el Colegio de Filosofía fundado por un sacerdote en 1837. El Colegio no abunda en alumnos, igual que ocurre en todo el país. Pero, precisamente por estar perdido en un pueblo del interior, sirve de índice del nervioso despertar de la instrucción, hace más de cien años.

Ningún pueblo da saltos en la cultura. Reconstruyendo las circunstancias de aquella época, abundante en significación es lo acontecido al co-fundador de la Universidad. En el terreno legal, Juan Nepomuceno Fernández Lindo rubricó el decreto legislativo el 16 de febrero de 1841. Pero antes había sido vencida toda vacilación ante el empuje de un hombre de voluntad enérgica: el general Francisco Malespín, ex-presidente de la República. Malespín era un militar temerario, al grado que un día de tantos, con sólo cuatro se-

guidores, proclamó una revolución política e invadió el territorio, desde la frontera de una nación vecina. La intentona le costó materialmente la cabeza, a manos de unos alguaciles.

Entre revoluciones y montoneras, las cosas de la cultura siguieron adelante. Una apoteosis fue el otorgamiento del título de doctores honoris-causa a los Jefes de la Nación, al Licenciado Francisco Dueñas y al “Vice-Presidente, actual Ministro de Relaciones y Rector de esta Universidad, Licenciado don Gregorio Arbizú”. Acudieron al acto personalidades del mundo político y social y altos dignatarios de la Iglesia. Hubo Te-Deum y discursos y banquetes. Nunca se ha otorgado un “doctor honoris-causa” con tanta aparatosisidad. Y aquellos dos hombres a quienes unía este homenaje de la cultura, cinco años más tarde se volvían enemigos. El Presidente Dueñas destituyó al Vice-Presidente Arbizú de sus cargos gubernamentales y de sus cátedras universitarias. Lo único que no destruyeron fueron los diplomas “lujosamente impresos”.

Estrecha similitud en los actos de alguaciles y generales y mandatarios y catedráticos. A Malespín lo liquidan gentes analfabetas en el remoto pueblo de San Fernando y Arbizú es víctima de liquidación civil en la misma capital de la República. Era el caos dentro del afán de cultura, el caos que puede ser tan destructor en el machete de un alguacil o en la rúbrica de un Jefe de Estado.

Sin embargo, las posibilidades estaban del lado de la cultura. Las ciencias iban abriéndose paso. Médicos, oculistas, odontólogos, ingenieros, juristas, filósofos, iban surgiendo, en mínima proporción, pero siempre en mayor número. En la periferia de toda esa actividad cultural, estaban las gentes humildes, como Leonor Mónico, a quien dejamos caminando hacia las afueras del pueblo de Tecapa.

Leonor Mónico llegó a su rancho y al anoecer vino la comadrona. La noche juliana se cargó de nubes y las nubes

pronto fueron huracán. Cabalgaban sobre la sierra mil jinetes y resonaban los cascos de mil bestias en estampida. No tardaría en bajar el huracán a destrozar techos y arrancar horcones de los ranchos.

Estaba llegando el momento del parto. La madre rural agacha la cabeza y se encomienda a todos los Santos. El alumbramiento es causa de elevado índice de mortalidad en las rancherías. El desamparo de la parturienta es completo. Cada mujer sabe, siente, que no es ella la primera ni la última de las olvidadas de asistencia oportuna. En ningún instante de la vida de la mujer campesina hay tan profunda intuición del Ser Supremo, como cuando ella alcanza el momento culminante de darle vida a un nuevo ser. Ella comprende, con un sentido religioso más allá de toda concepción teológica, que Dios es el milagroso partero de las desamparadas.

Y Dios asistió a aquella mujer, aquella noche... En un “rancho pajizo” de nuevo se realizó el milagro de todos los tiempos: el nacimiento de una criatura. Era, en el calendario de todos los días, el 24 de julio de 1868. Y veintidós días después la criatura, en brazos de su padrino don Manuel Bautista, recibía las aguas del bautismo. Y el cura párroco, en el libro de registros escribió estos nombres: *Vicente Alberto*, hijo natural de Leonor Mónico.

CAPITULO II

DON ENRIQUE

Conviene algunas veces creer en el Destino, así, con mayúsculas, como caprichoso y melencólico personaje. Implacable domador, en la infancia del mundo sometió a los dioses y cuando hubo hombres, también los sometió a sus designios. Denominador constante en todas las filosofías, en él encuentran explicación los fracasados y a él dirigen su agradecimiento quienes recibieron la dádiva inesperada.

Inesperadamente, el Destino llamó a la puerta del rancho de Leonor Mónico, por medio de don Enrique Masferrer. Si no hubiesen transcurrido hasta entonces nueve años, las pretensiones de don Enrique no habrían necesitado de la ayuda del Destino, porque no habría pasado de ser un capricho paternal. Lo que quiere don Enrique es que le entreguen a su hijo Vicente Alberto después de nueve años de haberlo engendrado. ¿Podría aceptarse esas pretensiones como una cosa corriente? Si tratásemos de contestar esa pregunta, seguramente le haríamos cosquillas al Destino y subestimáramos su vasto ingenio que

le permite no portarse nunca dos veces en forma igual o parecida.

Sin la intervención del Destino, don Enrique habría seguido olvidando completamente el vástago procreado con Leonor Mónico, fruto de una unión “fortuita”. Don Enrique era un hombre casado con una respetable matrona, doña Teresa Crespo. Y sólo recordemos lo que el hogar representaba para la sociedad de mediados del siglo pasado, bajo un apretado haz de normas morales, para comprender toda la audacia del paso dado por el padre de Vicente Alberto. No es cosa baladí que un inmigrante español reconozca sus andanzas zorrillescas, las cuales presumiblemente chocarían con el comportamiento que de él esperarían sacerdotes y damas honestas, con quienes integraba sociedades y comités para el mejoramiento tecapense. Son esas circunstancias las que, al superarlas, hacen admirable el gesto, de llevarse al hijo natural al seno de una familia constituida con acatamiento de la iglesia, de la sociedad y los códigos.

Esperar nueve años por un padre, es mucho esperar. Pero el Destino se muestra algunas veces caprichoso y lento, aunque para la humilde mujer haya caído siempre con la fuerza y celeridad del rayo, el momento de la separación. Y desde la puerta del humilde rancho, la madre ha de haber visto cómo padre e hijo subían hacia el pueblo. . .

Un origen modesto no es afrentoso. Lo que sí es reprochable es el fingimiento y la negación de ese origen. Cuna humilde fue la de Vicente Alberto y no hay razón para ocultar que sus primeros nueve años fueron de una niñez sacrificada. Para la mujer rural, para la mujer humilde, el hijo no es surco para cosechas espirituales, sino semilla él mismo para la recolecta humana de abandono y de trabajo. Y cuando el Destino juega sus trampas y el infante sobrevive a la miseria y a las enfermedades, a los nueve años estará el muchacho metido en el campo, con la cuma y la cebadera,

para sacar la tarea como todo un hombre. En el agro se deja de ser niño más pronto.

Desde el momento en que don Enrique Masferrer se lleva a Vicente Alberto, ha dejado éste atrás toda probabilidad de ser hombre del campo. Entonces empieza una transformación decisiva en la vida del muchacho: un ambiente social diferente, el del matrimonio Masferrer-Crespo; unos niños que son hermanos del recién llegado. Y luego, deja de llamarse Vicente Alberto, para adoptar sólo el de *Alberto Masferrer*.

Ahora Alberto está bajo la enérgica autoridad paterna. Y así empieza a desarrollarse toda una vida admirable, bajo una disciplina para él desconocida hasta entonces. Quince años después, recordando esos días, exclamará: “¡Mi padre, Santo Dios!” encerrando en cuatro palabras todo el carácter de don Enrique. Es una exclamación que hace ver todavía el temblor del muchacho reprendido por una cosa sin importancia.

La disciplina doméstica siempre ha hecho estragos en el alma infantil, cuando aquélla sirve para imponer el criterio del adulto en las cosas de los niños. El padre inflexible hace del niño un autómatas o le convierte en fugitivo del hogar o de cuanto pueda recordárselo. Es el propio Masferrer quien nos da la clave de aquella conducta de don Enrique: “Puntual y activo como un inglés, amanerado como un parisiense, la voz sonora y penetrante, la mirada como un rayo, celoso de su autoridad hasta yo no sé más, y con todo, un corazón de niño...” No se puede en tan pocas palabras dejar prendido un retrato familiar como el que de su padre deja Alberto Masferrer.

Pero falta algo en el cuadro. Falta el afecto. Es un marco de disciplina de acero toledano. Disciplina en los compromisos sociales, en el traje, en la voz, en la mirada. Siempre tenía a mano —relata Masferrer—, el castigo de palabra, “de mira-

das, sobre todo”. Aunque lo nieguen los fisonomistas, hay miradas “como un rayo”. Y ante esa mirada deben de haber replegado sus alas infantiles los hijos de don Enrique.

Todo ha comenzado a cambiar en la vida de aquel muchachito que se entretenía bajo el amate de su rancho, mientras llegaba la hora de engullir los frijoles. Ahora tiene nombre y apellido un tanto diferentes, ha dejado de ser huérfano de padre y hay otra señora a quien también puede llamar “mamá”.

Las alas van creciendo en la vida del muchacho y empiezan a sentirse abatidas por fuertes vientos. Es el hijo a medias, sometido a una disciplina colectiva con los otros hijos del matrimonio Masferrer-Crespo. Esto acicatea su sensibilidad y le cuaja más hondo que a sus hermanos, el simple castigo de que le obliguen a quedarse “parado en el umbral de la casa, yéndosele los ojos tras los muchachos que retozan en la calle”.

Todo cuanto le rodea le está obligando a pensar más temprano.

CAPITULO III

TRAGA-LIBROS

Madre triste y padre rígido, tienen que haber sido germen de conflictos en los primeros años de Masferrer. En la suave cera de la infancia —cinta espiritual para grabaciones hondas— quedaría registrado el secreto drama de una mujer a quien hay que dejar de llamar “madre” y el de un hombre casi desconocido a quien hay que empezar a llamar “padre”, a los nueve años. Todo el dramatismo de la vida de Masferrer tiene aquí su principio y su fin.

Nada de extraño resultaría que Masferrer buscase por otros caminos la salida de sus afectos infantiles. No iría con demasiada frecuencia —si es que iba— al rancho pajizo de la madre para quien podría haber sido siempre el chiquillo a quien hay que permitirle y perdonarle todo: que se tarde en los mandados, que ensucie la ropa, que se meta descalzo en los improvisados riachuelos de las acequias y de las barro-sas correntadas callejeras. Ahora, bajo el dominio paterno, nada de eso es permitido. Y la única salida que pudo encontrar a mano, fueron los libros.

La lectura como juego, como alimento para su fantasía inhibida de expansión en las mil y una cosas que para los niños tienen tanta importancia en la formación del carácter. En esa nueva ruleta en que van a desenvolverse todos los años de su vida, en la lectura incansable, hallará compensaciones insospechadas. Le dará, primeramente, un sustituto a toda travesura penada con gestos o miradas de desaprobación paterna. Y luego, le dará sentido de independencia, ya que no es una lectura impuesta, metódica, sino lo que el azar señala, lo que el libro más próximo indica. “El poblano huraño —dirá uno de sus biógrafos y amigos— era un formidable lector. Se tragaba los libros enteros, sin reparar, como el avestruz que digiere hasta piedras. Pocas veces he visto un lector tan tremendo como Alberto.” Los traga-libros tienen que chocar con la “disciplina” de los traga-estudios. El método, el horario, el límite de la lección, la exactitud en el recitado de memoria, con la ayuda del profesor algunas veces limitado en sus conocimientos, tienen sus ventajas; exprimen más prontamente la extensión básica de la materia, dejan una fundación firme, para seguir adelante. El traga-libros, el autodidacta tiene también sus ventajas: un camino más largo, más penoso, con lugares escarpados, que hacen la meta mucho más inasequible. Y cuando la meta se aleja, es como decir, la renovación constante del esfuerzo por alcanzarla. Dejemos a los entendidos la ponderación de las “ventajas”, lo que nos interesa es ver cómo se pudo originar esa sed de lectura que fue una de las características decisivas en la personalidad de Masferrer.

El pequeño lector entró a saco en los quizá escasos anaqueles del padre. Ha de haber sido un desembarco a sangre y fuego, arrasando toda resistencia de los más diversos temas. Lo mismo pudo haber leído la literatura picaresca de Gil Blas, como cualquier sugestivo capítulo del Contrato Social, de Rousseau. Pudo muy bien quedarse leyendo poesías de

Quintana, “el gran retórico” —tal como le llamara cincuenta años más tarde en célebre polémica sostenida con su amigo Sarbelio Navarrete— o, a lo mejor, maleta al hombro siguiendo al trotamundo de Humboldt, en sus Viajes por las Regiones Equinocciales. Aun hoy, pocas gentes tienen la capacidad de ofrecer una biblioteca particular sin los grandes contrastes de autores y temas. En cuanto a los cuentos infantiles, Masferrer debe haberlos birlado en alguna otra parte. El pequeño pirata de lecturas iba llenando la sentina de sus barcos con lecturas en vez de afectos. Los conocimientos se estibarían como hubiera lugar, sujetos siempre a que en las aguas picadas se bambolearan para desplazarse y ofrecer nuevas formas en aquel desorden.

Y de “conocimientos desordenados” se le achacará por algunos cuando intentan analizarlo bajo el lente del conocimiento deshumanizado, del conocimiento que marcha por carriles pre-establecidos. El que se encorva con esa actitud sobre la obra Masferreriana lleva la batalla perdida. Nada hay en ella sujeta a las normas clásicas. Ni está ahí el pedagogo elaborando teorías, ni está ahí el sociólogo de las especulaciones frías. Tampoco se hallará al literato domador de la metáfora, viviendo el arte por el arte o el arte encasillado dentro de cualquier tendencia. Puede ser expositor hoy del método lancasteriano o de Pestalozzi o de Montessori y serlo sin apego nadie, ni a los mismos que se le supone que sigue. Puede haber suspirado “rimas” y luego sentirse único bajo los blasones de inspiración. Puede ser el orientalista, capaz de escribir un “Ensayo Sobre el Destino” y luego emborronar cuartillas conmovedoras en una casa de caridad cristiana, como aquella de Chile, en donde leyó la siguiente leyenda en francés: “*Para mí el trabajo, para el prójimo el provecho, la gloria para Dios*”.

Y en esa leyenda se encierra también todo el trabajo, todo el desordenado orden de conocimientos de Masferrer: el

bien del prójimo, la gloria para Dios. Esa es la verdadera unidad que hay que buscar en todo cuanto producirá durante toda su vida, ese muchachito que hoy es ya un tremendo devorador de libros. El amará a su prójimo con pasión siempre insatisfecha. El ama a su padre, a quien le dedica los frutos verdes de unas cuantas redondillas. Le ama, como a su prójimo y le festeja como a una persona particular, a quien ha de ofrecérsele un presente el día de su cumpleaños. Es una explicable descarga emocional la que produce sus primeras poesías. Las escribe a solas, en “la cocina con techo de paja”. Y a escondidas seguirá escribiendo hasta que un día sacrifique, en el fuego purificador, todos los versos que escribió hasta los veintiún años. A escondidas, con timidez, entregando el fruto de su trabajo, para satisfacción del prójimo y para gloria de Dios.

Los afectos frustrados, las lecturas sin rumbo, la inspiración tímida, son indudablemente factores de influencia en su formación moral e intelectual. Y plantean el conflicto, cuando el padre decide enviarlo a seguir estudios en la capital. El párvulo llega seguramente como interno a uno de los colegios recién fundados: el *Colegio del Salvador*. Es una institución fundada por hombres de conflicto: cubanos que no son cubanos todavía y que no son españoles, porque están empeñados desde hace diez años en la última lucha de independencia que se ha librado en América.

El ambiente del colegio tiene que ser, también, un conflicto entre la pedagogía y la política. Las juntas de profesores asumirían en ciertos momentos las apariencias de junta de patriotas, discutiendo las cosas de la bella y lejana Cuba. El patriotismo de los cubanos, está dando su grito de Yara en diversos países y allí nomás, en Guatemala, dos cubanos, José Martí —el inolado— y don José María Izaguirre, irradian sus luces desde las aulas de la Escuela Normal Central, en tanto avivan las simpatías en favor de la

causa antillana. Los mambises dan otra batalla en los campos de la educación, con el libro y con el ejemplo. Y en el Colegio del Salvador no era otro el ambiente que rodeaba a los educandos.

Otro Martí —don Hildebrando— era el fundador, en compañía de los señores Valdés y Portillo. El Colegio, de unos dos años de organizado, dirigido y administrado con miras de redención civilizadora, ofrecía amplias facilidades para los alumnos internos y medio internos. La prensa de la época decía del personal docente: “Entre otros figura el señor don Manuel Trujillo, abogado de los tribunales de España, caballero que hemos tratado en Guatemala reconociendo las prendas morales que le hacen tan apreciable; víctima de los tiranos de Cuba, anda errante, esperando la libertad de su patria, hasta ser uno de los deportados de Fernando Póo”. Y de las clases de inglés y francés que se impartían gratuitamente, se decía: “Clases son estas que siempre se han considerado extraordinarias, que hasta ahora se han servido en virtud de retribuciones pecuniarias, a más de las mensualidades comunes, y que por consiguiente no han podido extenderse sino a los hijos de familias acomodadas”.

Espíritu democrático en los profesores y prácticas democráticas en los programas, daban un tipo característico al Colegio del Salvador, entre la media docena de centros similares que funcionaban en aquellos días. En todo momento estaban presentes los ideales de libertad, de independencia, de justicia, de todo valor espiritual por los cuales ha luchado siempre el hombre. El caballero deportado de Fernando Póo, Trujillo; el ponderado Valdés; y luego “el tigre” “el hombre más bueno del mundo”, el propio don Hildebrando Martí combinaban el desarrollo de la materia escolar con las pláticas de alcances insospechados: la independencia de Cuba, la lucha contra la tiranía. La irredenta Cuba, tema de conciliábulos entre los profesores, vibra enhebrando ideales por

sobre los pupitres de los alumnos. El muchachito tecapense observa que “el tigre” es un sabio que no sabe enseñar. “Apasionado, ardiente, no podía someterse a la estrechez de los métodos. Hoy un texto, mañana otro, luego otro, en resumen ninguno”. Sí, ninguno que pudiera suscitar ideas de tiranía. Ningún método con barrotes y limitaciones. Los mambises de la pedagogía luchaban espiritualmente por la causa de la libertad de los niños bajo su cuidado. Por eso, no importa cuál sea la materia, ni el momento en que esté el desarrollo didáctico, siempre hay una oportunidad para elevar las ideas en el altar de los grandes hombres y de las grandes realizaciones. Así, “el tigre” “siempre hallaba el pretexto para hablarnos de Codro, de Régulo, de Bolívar, de todos los grandes hombres. Después, o no sé cómo, aparecía Cuba, su idolatrada Cuba, esclava, luchando sin descanso por ser libre. Y allí las batallas épicas, los combates sublimes de uno contra ciento, cuadros de vida en que se destacan altivas y soberbias las figuras de los grandes hombres de la patria... El era también grande, hasta donde puede serlo un maestro”. “No nos hacía sabios, pero trataba de hacernos buenos. Sobre todo, nos formaba para la vida libre.”

Hondo sabían adentrarse aquellos cubanos en la vida de los niños. Perdurable es la admiración y sincero el afecto que trazan el cuadro masferreriano. Se puede ver, se puede escuchar al maestro-patriota frente al encerado, con el puntero en la mano, señalando una sencilla operación aritmética, mientras con el peculiar acento de los hijos de Cuba, emocionado, describe la caída de Carlos Manuel de Céspedes en un octubre trágico. Se le puede imaginar interrumpiendo preguntas sobre el verbo, el complemento y el predicado, para describir la cantera de San Lázaro y relatar el Calvario de un adolescente llamado José Martí. Y durante los temas de Geografía ha de emocionar con las palabras de Bolívar en su delirio sobre el Chimborazo. Y aquello no era una

oración gramatical, sino una oración de América. Una oración por la libertad, una cláusula contra la tiranía.

Por primera vez, el niño se halla frente a las víctimas de la tiranía. Por primera vez puede ver y hablar y escuchar a los luchadores de la libertad. Por primera vez puede comprender que hay otros conflictos mucho más grandes, mucho más universales que el conflicto planteado por las circunstancias especiales de su propia vida. Por primera vez se halla frente a un puñado de hombres atormentados por el ansia de libertad.

Y un día, Masferrer siente el impulso interior de liberarse de todo, hasta de la libertad que le ata al Colegio del Salvador. Le atormentan los más leves castigos disciplinarios. El quedarse enclaustrado, cuando está por estrenar un nuevo traje, en espera de lucirlo en domingo por las calles de San Salvador, es para él un sufrimiento duplicado por recordarle la sumisión a que estuvo sujeto en el hogar paterno. Y un día de tantos, en huida inesperada, deja el colegio y la capital. Y regrea a la ciudad de su nacimiento, a Tecapa.

Ha hecho su primer curso de “doctorado” en nada. Los estudios enclaustrados ya no se reiniciarán. Irá, desde entonces, por todos los caminos devorando el libro abierto e interminable de la naturaleza. Y quizá el muchacho de catorce años comprenda intuitivamente que al levantar el vuelo desde las aulas martianas, habrá de ser como un ala a quien azotarán los vientos del huracán por todos los rumbos.

CAPITULO IV

HOMBRECITO

A trote largo, la diligencia avanzaba camino de San Martín. Antonio, el cochero, hacía restallar el látigo de cuero, y el látigo de gritos con que apremiaba el tiro de mulas. Eran cerca de las ocho de la mañana y algunos pasajeros dormitaban en el interior del pesado vehículo. Luego se sobresaltaban cuando la diligencia se bamboleaba lo suficiente como para provocar gritos de miedo en las mujeres.

A esa hora, ya en el Colegio del Salvador, se habrían enterado de su fuga. Pero Masferrer iba feliz. “Todas las venturas se juntaron en una: ventura de ausentarme del Colegio, donde quedaban hartas de mí —y yo más harto de ellas— la Moral y la Ciencia”. Y esta vez, la ausencia era definitiva, sin retorno de vacaciones. “Ventura de respirar el aire libre, de ver el campo, y, finalmente, de llegar a San Martín. . .” Por cinco años había repetido ese viaje durante las vacaciones. En cada oportunidad se sintió alegre, inmensamente alegre de regresar a su casa. Pero ahora por más que se esforzara, por más que recordase el buen café y la buena

leche y el buen cigarro que se fumaba libremente, sin que le pusieran “triple falla”, algo en su interior ponía la nota de una vaga inquietud. Ahora se trataba de una fuga del colegio y, allá en Tecapa, estaba el padre seguramente dispuesto no a recibirlo con el abrazo y las palabras de cariño, sino con aquella mirada que le hacía exclamar: ¡Santo Dios!

Y mientras las mujeres, en la diligencia, se santiguaban de temor a cada medio vuelco, él, interiormente, se santiguaba a cada vuelco de su confianza, por la diablura mayor que hasta entonces había cometido: el abandono de sus estudios, el haber echado a perder los esfuerzos del padre. Cinco años había trabajado Masferrer para conseguir el diploma de bachillerato, igual número de oportunidades habíase detenido en San Martín, lugar donde la diligencia paraba dos horas, una de ida y otra de vuelta. Ahora todo estaba concluído, es decir, todo estaba trunco, porque él jamás regresaría al Colegio, aun cuando se lo ordenara el padre. Y si la escena era demasiado dura, tampoco regresaría a su casa.

Encontrados pensamientos tiraban de Masferrer cuando llegó a Tecapa. Podemos imaginarnos que el inflexible padre descargó toda su potencia sobre el prófugo escolar. El ambiente empeoraría en forma acrecentada por la malicia de los vecinos alrededor del estudiante fracasado con lo cual se le minarían los deseos de continuar viviendo en Tecapa. Nuevamente el destino llega en su ayuda, ahora en forma de un tío materno: Miguel Mónico.

Todo era preferible a seguir en el pueblo. Miguel Mónico era un hombre aficionado a los gallos en las canchas más que en la mesa. El “elegante” y “noble” deporte hallaba un magnífico exponente en aquel tío y éste creyó encontrar un digno ayudante en el sobrino. Masferrer, sin embargo, estuvo siempre contra tal deporte, como lo sabrían mucho más tarde los galleros santanecos. Pero en aquellos momentos difíciles, el muchacho se comportó como un valioso ayudante.

El tío Miguel, el “Tío Tingura”, como le apodaban, le enseñó la manera de combinar el maíz, cuidar de la limpieza, de los espolones, y cómo manejar las afiladas navajas, para que las aves de combate estuvieran siempre en forma. Provechoso fue el encuentro, porque aquellas labores le distrajerón de las críticas que ronroneaban alrededor de su escapatoria.

El Tío Tingura es hombre de grandes ideas. Las canchas locales ya no le satisfacen y piensa en viajar por Honduras. En el vecino país los galleros sabrán de sus audaces apuestas y de sus gallos invencibles y bien cuidados. Tío y sobrino parten hacia el país de los pinares exuberantes. Los gallos de Tecapa tendrían suerte en algunos casos y, en otros llevarían la de perder. Y en esos altibajos de la fortuna el carácter del Tío Tingura también ha de haber influido en el comportamiento de Masferrer. Esto y su aversión innata al pleito de gallos le empujarían, un día cualquiera, a dejar que su tío se las entendiera solo.

El hombrecito se fue por otros caminos. Se dirigiría a cualquier parte. Viajaría como pobre, “es decir, al amparo de ese arte precioso que consiste en comer lo que depara la fortuna, en beber lo que brindan “las claras fuentes y corrientes ríos”, en dormir acariciado por el fulgor de las estrellas”. Es decir, el hombrecito se enfrenta ya con la selva. Por primera vez tiene que valerse a sí mismo. Contra las fieras y contra los hombres. Una vida a la intemperie, aun hoy, en Honduras o Nicaragua, exige una constitución física admirable. Es un desgaste constante por las miasmas y un peligro oculto tras cada arboleda. Pero él va avanzando siempre y observa, ahora, de villorrio en villorrio, de pueblo en pueblo cómo viven los hombres que siembran el maíz y los frijoles, cómo son víctimas de otra selva cerrada: el analfabetismo, la enfermedad, la miseria. La naturaleza era, ciertamente, un gran libro, de muchas páginas, pero el mismo capítulo: un llamamiento a utilizar los recursos que pueden

servir para elevar el nivel de vida de los hombres que cultivan la tierra.

En los ranchos de esos hombres aprendió Masferrer su filosofía. La tierra íntegra “y ajena” poblada de animales y de dueños. El jacal —la ranchería— agazapado, hundido por las ambiciones de otros hombres a quienes no les importa la miseria, el hambre y las enfermedades ajenas. En este nuevo “colegio” Masferrer va aprendiendo con profesores que no enseñan con textos. Son indios que viven una lección sin palabras. Una lección de agotamiento paulatino, el mismo agotamiento que un día se apodera de Masferrer y, desfallecido, siente que lo “estaba empujando hacia la muerte”. De aquel “colegio” de la naturaleza no habría escapatoria posible. Es decir, sí, una sola: la disolución, el autoaniquilamiento. Y en la selva nicaragüense, Masferrer siente que ese impulso hacia la huida terrible le atenaza las sienes.

En una situación propicia al pistoletazo, toca la puerta de Benito Ortiz. Es la buena estrella quien le ha guiado, para renacer física y espiritualmente, porque aquel Benito Ortiz era “refugio de los errantes sin pan”, “su mano era el sostén de los débiles”, “su corazón era tesoro de cariño para los huérfanos”, “su alma estuvo siempre al servicio de Dios y de los desgraciados”.

Es hasta ahora, perdido, solo, a muchas leguas del hogar y del colegio, cuando Masferrer se da cuenta de que le faltaba algo en su vida: el afecto paternal, la fuerza, el apoyo moral de un padre. Y todo eso lo encuentra en Benito Ortiz, comprensión y afecto, al mismo tiempo que el techo y el pan. Benito Ortiz era un hombre honrado, luchador y buen hijo. Era, como Masferrer, “un niño desamparado a los diez años”, que pudo “por medio de su trabajo, por medio de su constancia inquebrantable, labrarse una cómoda posición...” Para mantener esa “posición”, Ortiz y Masferrer iban de

pueblo en pueblo, de departamento en departamento, vendiendo las más diversas mercancías.

Como en los bellos cuentos infantiles, van pasando los años. Y los años le devuelven a El Salvador. Pero ya no viene como gallero juvenil, ni como “ayudante de buhonero” —como apunta alguien de su propia familia—. A Masferrer le apunta ya el bigote y al mismo tiempo que su fisonomía exterior, se ha ido modificando su fisonomía interior. Ha visto mucho, ha observado mucho, ha vivido mucho, ha comenzado “a pensar muy temprano”. Se ha hecho todo un hombre, a los veinte años.

El desesperado de Nicaragua trae, en vez del kikirikí de los gallos del Tío Tingura, una clarinada de ideas. En Nicaragua ha sido incidentalmente profesor. Y como profesor le vemos en un lejano pueblecito fronterizo: El Carrizal, departamento de Chalatenango. La escuelita ha de haber sido suficiente para los niños que habrían entre quinientos habitantes. No llegarían a la veintena los niños que han de haber escuchado sus primeras lecciones, las cuales terminaría como el viejo “tigre”, con temas de viajes por Honduras y Nicaragua, con estampas vividas entre campesinos analfabetos o entre obreros de pueblos y ciudades, hombres y mujeres a quienes el sistema social ató a la noria de los desheredados.

Siete años había tenido él que tirar del trapiche en donde se molía la caña de su propia miseria, hasta que Benito Ortiz se le presentó como “el ángel de la guarda” y le dio “pan para el cuerpo y cariño para el alma”. Por eso, ahora que ha encontrado un camino, ahora que es profesor de instrucción primaria, sus pensamientos se van hacia Nicaragua, hacia el humilde protector. Y cuando le llega la noticia de que aquel hombre ha muerto, entonces Masferrer descubre, en un grito, lo que lleva dentro del alma: el vacío que debió llenar un padre o una madre. “Dios sabe que el mejor de mis triunfos fuera volver allá, a servirle como hijo a aquel hombre que

fue mi segundo padre”. No hay comparación, sino afirmativamente declara: mi segundo padre. Es el alma de Vicente Alberto *Mónico* la que llora al hombre que le brindó “los cuidados de padre, la ternura de hermana de la caridad, los mimos maternos empleados para sosegar mi espíritu desequilibrado”. Y en esa oración fúnebre a su segundo padre, se envuelve todo el panorama de miseria, de angustias por las cuales ha tenido que pasar el profesor Masferrer.

Con Benito Ortiz encontró el camino y ahora será maestro, siempre maestro. Ningún colegio le ha extendido certificado alguno: aquel tremendo devorador de libros puede ser maestro por derecho propio, por derechos adquiridos en siete años de provechosa errabundería. Ha devorado también el libro de la naturaleza y estuvo a punto de que la naturaleza lo devorara a él. Va a cumplir veintiún años y los ha vivido multiplicadamente.

Al gallero juvenil, al buhonero trashumante, al trotaterras impenitente, nadie le discute entonces, nadie le discutirá después, su título de profesor, su condición de maestro. Su diploma no lo firmó ningún tribunal de réplicas sino el tribunal ante quien se ventilan los méritos definitivos: el de la conciencia del pueblo. Y da sus clases cargado de amplia conciencia de su propio destino. Entre orgulloso y burlón, le escribe a su hermano Enrique: “Ya sabes que soy maestro de escuela—apóstol de la idea y del progreso—aunque me muera de hambre, me consuela—ésta que son palabras de gran peso”.

Sí, “maestro de escuela”, “apóstol” y “progreso” son grandes palabras cuando animan sincera y fuertemente el espíritu. Pero hay otras palabras “de gran peso” en esa epístola versificada: “La vida es mala, pasajera y corta, quien no la quiera así, que se la quite”. Sombras todavía de sus privaciones y angustias, que le llevaron al borde del aniquilamiento. Sombras, cuando ha empezado apenas a “difundir” la “luz

y la verdad". Es una lucha entre el maestro de escuela y el candidato a suicida. Gana el maestro. Y gana, porque Masferrer está "predestinado" a reírse, a burlarse del destino, porque no estaba en su diestra el pistoletazo de Acuña ni la solución del Werther de Goethe.

No. Masferrer no se pegó un tiro aunque hizo algo parecido: *suicidó* sus versos escritos hasta entonces. Y, simbólicamente, la muerte cierra un capítulo de su propia existencia. De ahí en adelante, su obra de pensador se vaciará en otros moldes. Y será una obra indestructible, porque en ella volcará su torrente espiritual, la semilla de su conciencia de hombre que carga sobre sí el trabajo, para el beneficio del prójimo y para gloria de Dios.

Siete años de lucha contra el desamparo, han convertido en un hombre al adolescente que una mañana tomó la diligencia rumbo a Tecapa, huyendo del colegio de don Hildebrando Martí. Gentes humildes fueron sus preceptores definitivos: el Tío Tingura, Benito Ortiz, los campesinos analfabetos, los sabios en miserias, los obreros, todos cuantos necesitan liberación.

CAPITULO V

PITAGORICO Y VARIO

Masferrer no puede —y, en realidad, nunca se separa— dejar por fuera lucubraciones imbuidas de misterio, de ocultismo, de destino. Cualquiera que sea el tema que ahonde, siempre encontraremos esa oscura referencia a un hálito que se desprende de lo misterioso de las edades. Ese es uno de los atractivos para el alma popular, siempre ansiosa de explicarse un “por qué” mucho más firme, mucho más sensato que el de la mera especulación filosófica, porque es más universal, sin apego a escuela alguna.

Cuando se dirige a un obrero, al hablar del aire en su pensamiento vienen entrelazadas ideas pitagóricas y conceptos de moral social tolstoyana, con apreciaciones históricas de Carlyle y doctrina de Henry George. Y todavía más, la crítica literaria podría descubrir aspectos de la más remota poesía hindú. Bastaría recordar que Pitágoras sostenía que “la sustancia infinita de todas las cosas es el aire” y, luego, aparejar la sentencia de Masferrer: “respirar es el primero de nuestros derechos”. No se trata de una alusión fisiológi-

ca, sino de un concepto que bien podría provenir de los misterios órficos a través de la religión pitagórica. . .

Por la vía de Pitágoras quizás llegue Masferrer al Oriente. Ya en plena madurez le hallaremos saturado de filosofía hindú. Pero ese recorrido obedece a un impulso primigenio, que se esboza en sus primeros trabajos serios. El Oriente ha tenido siempre un poderoso atractivo: su religión, su filosofía y hasta sus *Hais Kais*. Masferrer decía: “Se sabe que el aire es uno de los tres grandes elementos que forman el planeta: *uno de los tres grandes focos de vida en que nacen y se desarrollan todos los seres terrestres*”. Es decir, el aire es “aliento” en el sentido que le dan los himnos de los vedas, inmensa documentación en que se funda la religión de la India. Veamos: “Llor a ti, aliento. Bajo tu dominio está el universo, tú eres el señor de todas las cosas y todo en ti halla su asiento”, dice un himno veda cargado de oraciones y fórmulas mágicas.

Con relación a la tierra, Masferrer afirma que es “el manantial de toda vida”. Los himnos vedas dicen bellamente: “vaso de tesoros, mujer de pechos de oro en donde reposan los seres inanimados”... Masferrer encuentra en esta poesía hindú influencia poética para su análisis sociológico.

Su espíritu se desarraiga, sin embargo, de la atracción oriental y busca en la cultura de occidente el apoyo de su sensibilidad salvadoreña. Así lo tenemos del lado de Carlyle, a quien cita: “el suelo no es sino de Dios, y de ser de alguien más, sería del trabajador que lo cultiva”. Allí está más en armonía con la realidad que le rodea: el campesino miserable esclavo de la tierra, sin poseer “un rincón en donde levantar una cabaña”.

Ahora sí, cuando baja de las edades pretéritas, cuando abandona las idealizaciones orientales, cuando deja atrás a los himnos Veda y a Sidharta Gautama, su voz tiene reflejos

de anticipación de la realidad de su país y Masferrer clama, como clamaría un profeta de los tiempos bíblicos: Hay que luchar contra el monopolio de la tierra; la emancipación de la tierra es el ideal más urgente. “Esa liberación vendrá a complementar la abolición de la esclavitud”, porque “todo derecho humano viene a ser una palabra vacía... si no se asienta sobre el derecho de la vida”. Ese derecho no puede ser otro que la libertad de vivir rodeado de la garantía de posibilidades para vivir. Sí, ahora está dentro de su realidad, dentro de la vida de los hombres humildes que, como él mismo, no tienen ni un pedazo de tierra ni una mísera cabaña. Ahora puede llegar a su conclusión tremenda: *hombre libre y suelo esclavo no son posibles; el suelo libre es la condición esencial del hombre libre...*

La libertad en el trabajo, eso es lo que propone con un sentido nuevo. “Permanezcan esclavos aquellos que no tienen valor de hacerse libres trabajando”, pero trabajando su tierra, trabajando para que no falte el pan, para que la tierra sea de todos. Es la voluntad y el deseo de ser libres por el trabajo, en donde Masferrer hace residir la escasa felicidad que nos está permitida en este mundo. Es ideal de justicia, es lucha por que “se devuelva a los hombres la tierra que se les ha quitado”...

¡Cómo resonarían esas palabras a principios de siglo! Masferrer estaba echando a volar sus alas de albatros destinadas a ir contra el huracán. Devolver la tierra, así, sencillamente, como un acto de contrición religiosa, como un deber moral, o aun como ejercicio de un derecho conculcado a los hombres desde el origen del mundo. En esa idea central que se desarrolla a través de todo el peregrinaje de Masferrer, se han estrellado sus exégetas, porque han creído ver nada más que un principio socialista y han perdido de vista sus raigambres religiosas, morales. Esas raigambres que se ahondan en la isla de Creta, en las islas del mar Egeo con Pitágoras

y se hunden en la misteriosa selva de la India, para darle el aliento védico de una religión universal. El visionario ha dejado caer su admonición, pero se ríe de que se le dé otro significado que el que en realidad tiene. El no está escribiendo el prólogo de “un arte de hacer felices a todos los hombres”, no. Ahí está la razón de la ciencia económica, mucho menos que el materialismo histórico pero mucho más que la realidad que la rodea. Ahí está Henry George, el muchacho que también a los catorce años se escapó de la escuela, para ir por el mundo a beber sus propias enseñanzas. Y así, viene la cita del filadelfiano que conmoverá la dormida sociedad de fines de siglo:

“El hombre —dice Henry George— es, en primer lugar un animal, un animal terrestre, que no puede vivir sin tierra. Todo lo que el hombre produce viene de la tierra; todo trabajo productivo consiste, en resumidas cuentas, en trabajar la tierra, o la materia extraída de la tierra, para la satisfacción de las necesidades y los deseos del hombre. El mismo cuerpo del hombre proviene de la tierra. Hijos de la tierra, salimos de la tierra y a ella volvemos.

“Quitad al hombre todos sus elementos terrestres. ¿Qué otra cosa quedaría más que un espíritu sin cuerpo? Dedúcese de esto, que el hombre que posee la tierra de la cual o en la cual otro hombre ha de vivir, es el amo de este último, el cual es un esclavo. El hombre que retiene el suelo en el cual yo debo vivir, dispone de mi vida o de mi muerte en absoluto, como si yo fuese algo de su pertenencia. Hablamos de la abolición de la esclavitud; no hemos abolido más que una de sus más duras formas. La esclavitud directa del cuerpo. Hay otra forma de esclavitud más vergonzosa, más insidiosa y más atroz: la esclavitud hábil que transforma al hombre en un verdadero esclavo, embaucándole y engañándole con la palabra libertad”.

Así de larga es la cita que hace Masferrer, mucho más

extensa que la de Carlyle o la de Tolstoy, porque aquélla está más de acuerdo con su propio modo de pensar. Y, cosa rara, la vida de George tiene puntos de semejanza con la de Masferrer. Aquél y éste abandonan el colegio en la adolescencia, para lanzarse a los viajes, a la experiencia personal. George es mensajero de un almacén, pasa dos años de marinero, entra de aprendiz de tipógrafo, buscador de oro, minero, corrector de pruebas, redactor, corresponsal, columnista, fundador del "Post" de San Francisco. 1867. Pasa dificultades económicas en Calcuta, India, lo mismo que Nueva York. Es un hombre que lee cuanto cae en sus manos y de las bibliotecas públicas tienen que sacarlo a la hora de cerrar. Su primer folleto se titula *Nuestra Tierra y la Política Territorial* (Our Land and Land Policy) en 1871. Siete años más tarde, publicaba su más famosa obra: *Progreso y Miseria*.

Henry George no propugnaba por la distribución material y directa de la tierra. Proponía que los beneficios de la renta de la tierra fueran mejor distribuidos. Los terratenientes seguirían siendo propietarios, pero la renta, la utilidad, los beneficios no obtenidos por el trabajo, serían expropiados por el estado mediante el impuesto. El "impuesto único" sería el instrumento efectivo para lograr la reforma social, para establecer la igualdad entre unos hombres que explotan y esclavizan y otros hombres que son explotados y esclavizados. Con el producto de ese impuesto, el estado podría realizar obras de beneficio general. "Podríamos establecer baños públicos, museos, bibliotecas, jardines públicos, salas de lectura, salones de música y baile, teatros, universidades, escuelas técnicas... campos de juego, gimnasios... alumbrado y calefacción, fuerza motriz, abastecimiento de agua en pilas públicas, todo con los fondos públicos; caminos sembrados de árboles frutales; recompensas para descubridores e inventores; apoyo a la investigación científica; en fin, mil y una

formas con las cuales las rentas públicas pueden estimular todo esfuerzo de beneficio público.

Todo un programa de bienestar social a través del impuesto. La forma social es el único derecho que el estado tiene para sus exacciones fiscales. Esa idea georgeana aparecerá en el transfondo de Masferrer. Todavía no ha llegado a nada original. A nada suyo, aunque le preocupa de cerca lo que le rodea. No es ni con los Vedas ni con los socialistas, en donde él está de lleno. Porque para unos no puede arrancarse de cuajo a la tierra en donde padecen hambre y sed de justicia millones de seres y para los otros, su espíritu percibe las verdades profundas en la profundidad de los siglos. No, Masferrer todavía no tiene su camino. Su ideal de justicia social no hay que querer hallarlo apegado en el materialismo histórico ni al socialismo fisiocrático. Ni Henry George ni Marx, como veremos más adelante.

Por eso creemos, sinceramente, que Masferrer no lo han descubierto sus biógrafos cuando le ven con los ojos de una teoría alejada de la que él mismo se formó. Nada hay que le acerque a nadie: Masferrer es Masferrer y allí su gloria o allí su insignificancia. Lo que nadie tiene derecho a negarle, es su sinceridad. Fue un hombre sinceramente preocupado por el mejoramiento de la clase desposeída y expuso así su doctrina y defendió así sus ideas. Por eso no le vemos apegado a los preceptos de métodos extraños. El, que siempre huyó de métodos y técnicas y academicismos, con igual paso apresurado que se alejó del tórtuoso camino de la demagogia. Quienes, confundidos, le critican y le acusan de deserción de las masas, han de reconocer que están exigiéndole algo que él nunca pudo ofrecer: convertirse en líder y dejar de ser pensador. Para nosotros el pensamiento masferreriano es decisivo en América. Porque, a estas alturas sería necio dejar de ver la influencia de Masferrer en lo poco que El Salvador ha logrado en su evolución como grupo social entre las naciones

americanas. Sin saberlo, nuestros legisladores estaban hablando las mismas palabras de Masferrer en ciertos momentos en que aprobaban la Constitución de 1950.

Ahí tenemos, pues, que Masferrer ha tenido que pedir apoyo al Oriente, a la iracundia aristocrática de un noble inglés, Carlyle, al evangelio de un “mujik”, Tolstoy —que nunca dejó de serlo en lo más noble de su corazón—, y a un reformador norteamericano, a un hombre de más sentido práctico y de honda ciencia económica. ¿Pero, por qué al Oriente?, se preguntaría alguien, a quien se le hiciera más “lógico” el punto de contacto con los otros. Sería una simpleza acudir a Pierre Loti, al cojo de Byron o a cualquier “japonería”. Descubrir la razón de preferencia hacia el Oriente, sería entre nosotros desentrañar el misterio de América. Y lo que intentamos hacer es encontrar el alma de Masferrer.

Porque Masferrer es el hombre que buscó su alma. Esa búsqueda en la cual fracasaron tantos grandes y en la cual nunca se han empeñado tantos pequeños. Cuando él cree haberla encontrado en los dioses de Oriente, le veremos regresar a pie, gozoso, pero insatisfecho, a contemplar los vitrales de la iglesia de San Miguel y a figurarse que los cipreses de su pueblo natal son como “las torres de un castillo”. Es decir, vuelve a ser salvadoreño, dentro de la diversidad de su alma española... “A mi padre le sucedía lo que a mí: —dice invirtiendo los factores de influencia— no creía en los curas; no era católico, apenas si era cristiano”. Pero era un no-católico como sólo él podía serlo: “me encantan la pintura y la música religiosa; me sé de memoria los evangelios; no hay iglesia que no visite y por donde quiera descubro un sacerdote que yace olvidado y merece la recordación”.

El pensamiento de Masferrer viajó por el Oriente, mucho más que tantos de nuestros mejores valores que pudieron poner sus plantas físicas en aquellas tierras misteriosas. Iría

no como los cruzados en busca de la Santa Sepultura, quienes regresaron con dioses vivos orientales, sino como un peregrino que lleva consigo a su propio dios, a enfrentarlo con los iguales, en busca de la verdad. Junto a Buda o a Vivekananda o a Brahmanapasti —el Ser que nació del No-Ser—, podría sentarse Cristo. Una síntesis, una armonía de religiones, acerca más a la verdad. El buscó esa síntesis de la expresión espiritual, con mayor ahinco que el que pusiera Hegel en su paradigma filosófico: el Oriente que afirma, el Occidente que niega y los germanos que armonizan. . . Para él, el encuentro, era una cuestión concreta, un darse la mano entre los guías de la humanidad. “Si a Prometeo, por inventar el fuego, los griegos lo pusieron entre los dioses, a Gutenberg, por haber inventado ese fuego espiritual que es la palabra impresa, nosotros le colocaremos —sostiene sin más ni más— junto a Buda, junto a Jesús, junto a Sócrates, junto a Pitágoras, junto a todos aquellos *dioses redentores* —subraya él— que agraciaron al hombre con unas alas de ángel y le dieron para que no zozobre en las tinieblas, una brújula que a un tiempo es guía y resplandor”.

Un hombre así, que buscaba la luz para todos, el aire para todos, no podía aceptar a los sacerdotes “simples, míseros y pisteros”. En cambio, era amigo de los curas cuando éstos eran hombres “equilibrados, sanos de cuerpo y alma”. Si los curas hubieran sido así, quizá el habría andado toda su vida “en tratos con los curas, metido en fiestas de iglesias, enviando las más bellas flores de su jardín a los santos. . .” Porque de esas flores dieron testimonio muchos sacerdotes que yacían olvidados y merecían recordación, como el padre Pedro Poch y Ricart, el emigrado *carlista*, a quien conoció en casa de don Enrique en 1890.

Fueron, en su mayoría, sacerdotes y hermanas de la caridad entregados a llevar un consuelo a los desheredados los que recibieron, sin tasa, las más bellas flores. El cura-hombre

tuvo siempre abiertas las puertas de la simpatía masferreriana y con ellos y con esas hermanas de la caridad católica, él también fue católico, en el universal alcance de la palabra. Por extraño que parezca, Masferrer fue un católico, si bien un católico a su manera.

Pero no es en la Iglesia Católica, no, de donde él toma lo que tampoco pudieron darle los dioses del Oriente. Ni lo que tiene allí cerca ni lo que vislumbra allá lejos le señalan el camino definitivo. Va en busca de ese guía, que sea al mismo tiempo resplandor. ¿Y qué resplandor puede atravesar la densidad de su horizonte vital, que ya empieza a parecerse a un huracán de fuerza irresistible? El es un ala contra el huracán, contra la oscuridad, en busca de un camino. Es ya una lucha contra los elementos. Es siempre la ansiedad de buscar por todos los rumbos. Y si otros han fracasado, ¿fracasará él?

CAPITULO VI

BUSCANDO EL CAMINO

“De pronto me acuerdo que el Catecismo, al hablar de las obras de misericordia espiritual, dice: La primera, enseñar al que no sabe...”

MASFERRER.
“Leer y Escribir”.

La obra y la vida de Masferrer están dominadas por un solo personaje: el pueblo. El pueblo, sin el sentido desacreditado que le otorgan los políticos, sino con alma y sufrimientos y anhelos sepultados bajo la enorme lápida de la ignorancia, del abismo social, de las condiciones económicas, del abandono y de la miseria.

Nunca habla Masferrer del pueblo en abstracto, en literatura o en simple filosofía. Le coloca siempre como un individuo frente a otro individuo, junto a otro individuo, como un semejante frente a otro semejante, junto a otro semejante. En eso de comprender al pueblo, de penetrarse con dolor espiritual en el pueblo, Masferrer no tiene antecesores. Tan difícil ha sido hacer de la propia alma una parte integrante del alma colectiva sin que se estuviese de lleno bajo las mismas miserias. Masferrer nunca tuvo su terrenito, como decía, pero tampoco tuvo que extraer la sal de las salinas, ni arrancar el fruto de los cafetales, ni ejecutar la tapisca de las milpas como medio normal de su subsistencia. Y sin embargo,

nadie como él amó tanto a esa gente desheredada. Nadie como él pudo expresar su grito de dolorida protesta: *“¡Imposible hallar vidas humanas vendidas con tanto sufrimiento y a precio más vil!”*

Son vidas agotadas por la “ucinarías”, paludismo, lombrices, “políticos”. A los políticos les coloca entre las plagas que carcomen no solamente el cuerpo del individuo, sino el cuerpo social. Es su protesta contra todo un estado de cosas mantenido por la complicidad de los “del gobierno” con los “del dinero”. Y de eso nadie se había atrevido a decir nada, ni durante los trescientos años del coloniaje español, ni durante los cien años del coloniaje nacional: el analfabetismo absurdamente convertido en sistema político económico.

Masferrer lucha contra la corriente, dispuesto a ganar enemigos con mayor facilidad que la de quien usa cartas marcadas para ganar apuestas. Juega su bienestar, su salud, su posición social merecida no por su dinero —que no tiene— sino por su talento que está muchos codos arriba de la riqueza, del dinero. Ese talento que ya empieza a reconocérsele dentro de su propio país —que ya es mucho—, lo pone en una sola jugada: la reivindicación de las clases desposeídas a las que, según Carlyle, según Tolstoy, según Henry George, les ha correspondido por siglos y debiera, según todos, corresponderles la tierra y sus frutos.

Masferrer sigue solo, sigue único. Esa es su tragedia íntima, agravada por la incompreensión ambiente que le enlista en movimientos sociales ajenos y hasta antagónicos a su verdadero modo de pensar y de sentir. El, que no utiliza el motor del odio de clases para poner en marcha sus grandes facultades intelectivas. El, que no siente envidia ni rencor ni ambición egoísta alguna es blanco propicio de la incompreensión en el ambiente. La apuesta de Masferrer es inmensa y cuando rueden los dados, no está seguro de ganar, no está seguro de que el destino le coloque del lado de la victoria. Ese

conocimiento que tiene de cuanto le rodea, de cuanto expone en la jugada eleva mucho más su coraje espiritual. La incompreensión apenas si cede campo para la tolerancia. Le toleran creyendo o haciendo creer que él juega sólo a la literatura sin poder ver que él juega al destino, a la vida, a la humanización de todos.

Hasta en eso, hasta en creerlo sólo un literato, fallan sus contemporáneos. Donde menos resalta su personalidad es en la literatura. No es el amo de la metáfora y sin metáfora no hay literatura. Una verdad, un principio así fundamental, no es que se desconozca, es que no saben en qué casilla clasificarlo. Y esa duda, es también su propia duda, su duda íntima. El no es un poeta, si quemó las naves de sus versos a los veintiún años, sin embargo se le considera poeta.

Tampoco es un maestro: los maestros se le rebelan cuando él ejerce el cargo de inspector de instrucción primaria. Y tampoco es un político, porque son los indios, los peones de Panchimalco, los que echan por tierra sus ambiciones diputadiles.

Su fracaso como candidato parlamentario ocurrió veinte años atrás; ahora está en Europa, con un cargo consular. Y sigue pensando en sus vencedores con la misma intensidad de siempre. No es de sorprender que le conmueva la comodidad que gozan los pensionistas en los centros de beneficencia en Amberes y la asocie, por contraste con la que ha dejado allá en los pueblos cuzcatlecos. No es de los “políticos” que viven recordando sus fracasos. La derrota que ha sufrido tiene para él distinto significado. En propia carne sintió el aguijón de la cantidad sobre la calidad. Los indios de Panchimalco “son verdaderos parias, crasamente ignorantes, tan distanciados de la mentalidad capitalina como un habitante puede hallarse respecto de un negro congolés”. Pero la voluntad de las mayorías es sagrada, afirma Jefferson — el San

Juan de la democracia americana—, y dentro de unos comicios libres aquellos ilustres parias abrumaron a los electores capitalinos.

El hecho de que los ciudadanos capitalinos lo hubiesen apoyado y los otros no, le planteaba una interrogante al caminar ahora por las avenidas de la ciudad europea. Le seguirá en sus viajes obligados por funciones de su cargo oficial. Masferrer es cónsul de El Salvador en Bélgica, en Francia, en Italia, ya no tiene que llevar su maleta al hombro, ni descansar bajo la sombra acogedora de un ceibo, ni pedir abrigo a la espléndida hospitalidad de un modesto campesino. Ahora tiene, en su cuarto de hotel, una servidumbre presta a atenderlo. Sin embargo, en su espíritu, sigue a la intemperie, se siente desnudo interiormente. Y la derrota de veinte años atrás le mortifica, aunque él pretenda engañarse a sí mismo negándolo. El ha comprometido su salud, su conveniencia, su prestigio intelectual, desde el momento mismo en que se impuso la obligación de denunciar las miserables condiciones de la indiada. ¿Por qué son los indios quienes lo derrotan? La respuesta es sencilla: porque los indios no saben cuánto ha puesto él en esa lucha por liberarlos, por hacerlos hombres sin esclavitud. Y sobre todo lo ignoran por una razón muy sencilla: él no se los ha dicho. Sí, él ha escrito mucho para hacérselos entender, pero no han leído “ellos”, los indios, los peones, los trabajadores. Al meditar sobre esto desaparece una de las rocas que ocultaban el camino. ¡Cómo habrían de leerlo si no saben leer!

Y comienza, febril, las páginas primeras de un nuevo libro. Vísperas de navidad en la Ciudad Eterna, le prestarían rumor de esquilas al rasgueo de su pluma. Y allí donde Pedro colocó la primera piedra, allí mismo Masferrer escribe la primera página para una de sus más bellas obras: *Leer y Escribir*. Para la iglesia de sus ideales en ese libro estará su evangelio. Mejor dicho, pretende que esa obra sea el evange-

lio cultural para todos los salvadoreños o, por lo menos, para quienes tengan un concepto cabal de nacionalidad. La nación no es un hacinamiento de familias, sino una realidad social manifestada en la comprensión, en la solidaridad. Y como Saulo de Tarso, Masferrer halla un camino frente a la Basílica de San Pedro, a él que visita tanto las iglesias sin ser católico, sino apenas un cristiano.

Ahora sí cree haber encontrado su camino definitivo: el camino del alfabeto. El no sabe, ni lo sabrá nunca, pero intuitivamente le concede un amplio poder mágico a la palabra impresa. Esa misma palabra impresa que le llevará, años más adelante, a un duelo de ingenio con Sarbelio Navarrete. Sí, ese “poder mágico”, hay que extenderlo a todos. Hay que capacitarlos a todos, para que sientan esas vibraciones que transportan “a planos superiores”. Luz para todos, alfabeto para todos, altura moral, vida nueva para todos. Con el alfabeto se ha hecho todo, sin el alfabeto nada se ha hecho. Y mientras cae la nieve sobre los tejados de la Ciudad Eterna y adentro las gentes se agrupan al rededor de las chimeneas y se hacen preparativos para celebrar las navidades, él sigue el rasgueo de su pluma ajeno, lejos, ausente, con el cerebro y el corazón que se le han ido —palomas de anunciación—, “allá donde los corazones y los cerebros son como los volcanes hirvientes”.

Esa desazón, ese desconcierto, ese anhelo, esa nostalgia, es uno de sus aspectos más constantes de su carácter. Donde quiera que esté, siente pronto el deseo de regresar: “si el Lempa turbulento no me fuera tan caro”, se decía siempre. Y siempre regresaba. Regresó de Honduras, caminante anónimo y de Nicaragua y de Costa Rica y de Chile... y ahora regresaría de Europa porque sus nervios piden “el azote de las cálidas brisas”. Pero ahora no regresaría con las manos vacías, porque había encontrado el camino, su camino definitivo: el alfabeto. Hay que regresar a poner en práctica el

primer mandamiento de las obras de misericordia: enseñar al que no sabe.

El ha buscado, durante cuarenta años, un camino que le permita llegar al alma de su pueblo para agitarla y despertar anhelos de superación y, ahora “de pronto” le brota la luz a través de las misteriosas figuras de las letras. Misteriosamente, ese “de pronto” se le presenta en las páginas del Catecismo, de aquel mismo Catecismo de Ripalda con que le enseñaban las obras de misericordia en su niñez. El Catecismo le ha dado el camino que no le proporcionaron ni Pitágoras ni Sócrates, ni Buda. Esa vía le estaba reservada como un presente de Navidad, en la misma Roma. Posiblemente, Masferrer no medita en otra cosa que no sean las páginas que van surgiendo hasta darle forma a *Leer y Escribir*. Lo que sí ha de saber, ha de sentir, es que dentro de su espíritu también es Navidad.

Caprichos del destino —exigencias del cargo consular— le han llevado a terminar su libro en Florencia. Ciudad fastuosa, cuna del navegante insospechado que dio incidentalmente su nombre a nuestro mundo nuevo: Américo Vespucio. Y no se exagera, si decimos que Masferrer cree haber encontrado también un mundo nuevo entre los polos de su obra, a la que está, ahí, poniendo sus últimas palabras. Un Mundo Nuevo será América el día que todos sus hombres sepan leer y escribir.

El libro es un toque a la conciencia de los salvadoreños, pero sus voces, sus mágicas palabras impresas, crecieron para hacerse oír de los demás países hermanos. Treinta años más tarde, se promulgará una Ley de Alfabetización en Guatemala. Y, posteriormente, la Carta Magna salvadoreña reconocerá que “la alfabetización es de interés social”.

Es una tarea inmensa la que presupone para todos aquel libro terminado de escribir en Florencia. El despotismo, el caos social, la ignorancia son cosas normales en un pueblo que desconoce el alfabeto. En esa tarea, él será el primero y

si la ceguera de los demás no les deja ver ese camino que a él se le ha presentado *de pronto*, entonces será su tarea y nada más.

Allá, en El Salvador, se vive todavía bajo el mismo peso que abrumó a los hombres medievales. El camino de redención está en el alfabeto. Un camino largo, de muchos años de andar enseñando con la cartilla en la mano. No importa, si se logra cuando menos, que los Alcaldes dejen de “firmar” dibujando la cruz en los documentos del Registro Civil: analfabetos que dan fe del nacimiento de otros que también serán analfabetos.

Amarga es la realidad e incierto el futuro. Pero él se siente iluminado y, por primera vez, uno de sus libros se cierra con una bienaventuranza. “Porque decimos, bienaventurados los hombres que comprendieron la fuerza y la necesidad de aquel precepto que dice: enseñad al que no sabe; bienaventurados los pueblos donde los que mandan y los que obedecen saben y practican que todo progreso es nulo, toda ley inútil o dañosa, toda institución deleznable, si no se atiende antes a cultivar al hombre; bienaventurados, en fin, los que según sus fuerzas y espíritu sencillo, se aplican a dar a sus semejantes el pan espiritual”.

Ha redescubierto el alfabeto y sus campanas interiores están tocando a Epifanía. Ahora siente —y no lo volverá a sentir con mayor fuerza nunca— el hondo misterio que San Juan atribuía a toda palabra “que es una palabra”, sin la cual nada ha sido hecho. Y el poder mágico de dos palabras —leer, escribir— han sido suficientes para escribir un libro en dos meses de intenso trabajo. Ha tenido que desgajar tiempo a sus labores consulares y quizá algunas líneas surgirían mientras firmaba un documento de embarque. Iría pensando en su libro al encaminarse de visita a una iglesia o a una institución de beneficencia. Pensaría en el párrafo que dejó escrito esa mañana, mientras charla con un colega o un

sacerdote o goza con el picotear parlanchín de una hermanita de la caridad —de quienes siempre vive enamorado—. El libro estará presente en todo momento durante esos dos meses febriles, hasta llegar a las líneas finales con la bienaventuranza del pan espiritual.

El hombre que tiene conciencia de su misión no descansa nunca. Y ahora Masferrer sabe que la suya es la de llevar a los poderosos y a los humildes el convencimiento de que todo valor espiritual, todo logro civilizador está en el alfabeto, en la palabra, en el Verbo. Hay que enseñar en todos los planos, arriba, en medio, abajo, a los indígenas, a los obreros, a los trabajadores. Y si en esa labor no encuentra seguidores, pues... se seguirá a sí mismo. Y así deja escrita su duda, que tiene timbre de recriminación: “¡Loco de mí, que andaba tras del gobierno y de la revolución y de la Economía Política y de no sé que más, para que me hicieran tarde, mal o nunca lo que yo debo y puedo hacer pronto y bien hecho!” Y en eso no descansará.

En el fondo es un optimista, cuando cree que “allá” estarán prontos a reconocer la urgencia, la necesidad de una cruzada alfabetizadora. Imagina brigadas ambulantes por rincones urbanos y barrios cantonales, equipadas con cartilla y tiza, difundiendo el alfabeto. Y su optimismo es mayor cuando se considera capaz de dominar su “aire huraño”, para llevar su propia sombra a difundir el evangelio de leer y escribir, entre los ilustres parias de Panchimalco y las peonadas de Jucuapa o Alegría. Sopesa su bolso de peregrino del ideal y comprueba que está repleto de buena semilla “y el pueblo es el terreno de la siembra...”

Y un día recruza el Atlántico, de regreso al Lempa y al Izalco. *Leer y Escribir* es la joya de su equipaje. El alfabeto —luminosa legión civilizadora— se abrirá camino al no más poner pie en la tierra virgen, apenas hollada por cuanto hace dignos a los pueblos. Es tan ancha la tarea, que segura-

mente ella sola sería el camino definitivo. Es tanta la ignorancia, que no es suficiente una vida para desbrozarla.

Y cuando la costa salvadoreña detiene el barco, Masferrer pudo haberse imaginado que desembarcaba como un conquistador en la cerrada selva del analfabetismo. Pero en realidad, no era sino un ala empujada por el destino, para seguir su lucha contra el huracán...

CAPITULO VII

DERRUMBE

La ciudad de San Salvador ha sufrido un terremoto cada treinta años, por término medio, desde los días de su fundación por los capitanes de don Pedro de Alvarado. El valle de las “hamacas” se ha estado meciendo, no para dormir a sus habitantes, sino para mantenerlos despiertos y en agitada actividad de reconstrucción. Y en esa actividad necesaria, muy poco tiempo ha quedado libre para cosas del espíritu.

Han transcurrido cinco años desde su regreso y Masferrer funda colegios, desempeña cátedras y hace otras cuantas cosas más. Pero de la cruzada alfabetizadora nada indica que siquiera se hubiese iniciado. Y mucho menos propicios resultan ahora los momentos que está viviendo la ciudad capital. Es 1919 y uno de aquellos terremotos periódicos acaba de producir un desastre. Lo que dos años antes no pudo destruir el terremoto, se ha venido hoy al suelo.

Por esa época, también ha estado temblando, con “terremotos destructores” en el alma de Masferrer. Hay también ruina en la ciudad de su optimismo, aquel optimismo de su

bienaventuranza florentina. Su Evangelio se ha predicado entre gentes que tienen oídos y no oyen, que tienen ojos y no ven.

Cinco años son menos que cinco minutos en la vida de los pueblos. Pero cinco minutos son suficientes para captar una idea, para comprender un propósito, si esa idea o ese propósito se reciben, se escuchan con el calor de la simpatía y la comprensión. Pero ni simpatía ni comprensión han hallado las páginas escritas con sacrificio y con fe. Por el contrario, han sido discutidas hasta por gentes que nunca las leyeron, pero “discutidas” quiere decir, a libro cerrado.

Los sismos de la intolerancia han conmovido los cimientos de su espíritu y Masferrer se siente amargado, aunque siga callando, aunque siga él también cerrando los ojos a la realidad. Esa amargura se traduce en ironía, mientras “se acurrucaba la capital”, como decía la copla popular, inspirada en la catástrofe de 1917. Y entonces, se burla de la ignorancia de los “técnicos” y se convierte en epicentro de ironía, para ridiculizarlos. Y los ridiculiza, no porque no sepan, sino porque su ciencia es incapaz de llevar consuelo alguno a los humildes, a los desheredados. Y en ninguna oportunidad tiene la palabra “desheredado” una realidad tan amarga, como entonces, entre escombros. No hay nadie, dice, “que no esté agotado por la tristeza, por el miedo, por la zozobra, por la ruina: unos quedaron sin trabajo, otros sin bienes, otros sin hogar, otros sin padres o sin hijos, otros inválidos, otros afligidos en infinita forma”. Y con esa gente víctima del “dolor, de inquietud, de temor, de pesimismo” está él. Inquietud, temor, pesimismo, tristeza, todo lo siente él doblemente ahora. Por su pueblo y por su Evangelio. ¿Cómo predicar que se pierda el tiempo aprendiendo a leer y escribir, cuando cada hora, cada minuto ha de ser empleado en recuperar lo perdido?

La naturaleza está contra su Evangelio, así como han

estado los hombres, los ciegos, los que sabiendo leer no saben comprender, los que le achacan que siembra odios, que propaga ideas disolventes. ¿Es eso cierto? Por lo menos, eso se ha dicho. Si antes se le toleraba, ahora se le calumnia, se le injuria, se pretende hasta hacerle callar. La voz de Masferrer, antes tolerable, ahora se convierte en acusaciones intolerables para los de arriba. Ya no puede usarse del artificio de seguir desconociendo, de seguir ignorando sus ideas. Ya no se puede ofrecer el alegato de impunidad para Masferrer, envuelto en el silencio. Ahora hay que combatirlo a toda costa, desfigurando la naturaleza de su pensamiento. Y son muchos los que desde arriba reciben la consigna. Pero él sabe defenderse, porque aquellas palabras “mágicas” las escribe con sangre, como quería Nietzsche. “Yo no sé escribir de otra manera, cuando escribo de las miserias del campesino, de las oscuridades del mesón, de las fatalidades de niños sin escuela, de la atrofia, deformación o fracaso de innumerables vidas, que pasan por este mundo como fantasmas, como luces que no dejaron brillar la codicia y la opresión”. Ese es su heroísmo, que le mantendrá erguido, desafiante aun bajo la más negra de las tiranías. Ese su heroísmo y ésa su tragedia.

El no puede escribir sino con sangre, con gritos de dolor ajeno a través de su propio dolor. Es un humanismo violento, sin subterfugios, a cara descubierta, sin la seguridad que le diera al magnífico Erasmo la crítica de su tiempo, mediante el artificio de hacer hablar a la Locura. Tampoco lleva su crítica a lomos de lo ridículo, como el Manchego Iluminado. Ni Erasmo ni Cervantes, en su perfil humanista, aunque coincide con el primero, al creer, al sostener que la unión centroamericana podría lograrse a través de medios morales, a través de la unión espiritual de los pueblos.

Precisamente, un año antes, en 1918, hace la presentación del pequeño gran representante de ese ideal unionista: Sal-

vador Mendicta. En esa oportunidad, también sigue de cerca las palabras que ya vibraban en *Leer y Escribir*: “La primera y más grande ventaja que nos portaría acometer esta empresa, sería la de que tendríamos, *por primera vez en la historia*, un ideal común, generoso, fuerte, duradero, que vendría a unirnos, a vincularnos, a borrar tanto motivo de odio y separación...” El cree en el trabajo y en la comprensión y nunca en tales fuentes pudieron inclinarse a abreviar el odio, la demagogia, las ideas disolventes.

No podía, por el medio, por los mismos hombres a quienes se dirigía, vestir de púrpura —como los emperadores o los bufones— el limpio cuerpo de su pensamiento. A todo trance, había que hacerse entender y la ironía y el sarcasmo no admiten púrpura de ninguna clase. Más que una figura retórica, el pueblo quiere una expresión práctica y sincera, con sinceridad sencilla. Por eso, Masferrer no puede ser humorista. No puede triunfar en ese esfuerzo. Sobre la burla a los sismólogos de su tiempo, aparece la exposición clara, violenta, de la realidad que le interesa. Así, a la par que vanamente intenta, sin embargo, hacer humorismo con “el arte de salir corriendo”, señala que “las causas de los estragos, de los terremotos, aquellas por lo menos, sobre las cuales podemos influir, aquellas que nos es dable únicamente modificar en favor nuestro, no se halla debajo de la tierra, sino encima: en nosotros, en nuestra manera de vivir, en nuestro régimen social, político e individual; en nuestro concepto de la vida, en la manera que tenemos de enfocar ese concepto”. Así habla, así, con una sonrisa cargada de seriedad innegable.

Podía, pues, en toda oportunidad recriminar a las autoridades su falta de previsión, a los ricos el abuso de sus riquezas, al explotador, al casero “que apenas dispone de recursos para edificar una ratonera, matadero de cristianos”. Duras son las frases de Masferrer, pero no olvidemos que en aquellos momentos la realidad es mucho más dura, cuando

cien mil capitalinos viven a la intemperie, casi como han vivido siempre, en aquellos mismos patios, “circundados y defendidos por *acapetates*, costales viejos, varas de caña brava, ya decrépitas, pedazos de latón oxidado”, como si fuera una remota aldea en el interior del Africa o en las profundidades de la India o la China miserables y no la capital de una república en el propio corazón de América. ¿Quién no reconoce aquel cuadro en la eterna catástrofe “normal” de las actuales condiciones?

Porque una catástrofe es la que ha rodeado siempre a esos grupos desheredados. Ignorancia y miseria bajo ese sistema social y político, que pone al descubierto Masferrer, en choque abierto contra los que mandan y los que oprimen. Hasta entonces, los políticos no habían escuchado nunca una palabra que les agitara tanto la conciencia. Ha desafiado al destino, porque “los hombres de la política son muy de temer cuando ven una idea con desconfianza o con enojo”. El no es un inconsciente —¡qué habría de serlo, cuando su vida, su obra es toda conciencia!—. El no va de esquina en esquina pregonando *ideas disolventes* y sus ideas si realmente perturbaban el “orden público”, lo perturban de adentro para afuera, de arriba para abajo: de la conciencia de los opresores a la conciencia de los oprimidos. Pero esa perturbación no ha tenido todavía oportunidad de manifestarse en los actos del gobierno ni en los actos de los individuos. Sin embargo, el enojo que ha despertado ya en la super-estructura social, es indicio de que no puede dejar de oírsele.

Han pasado cinco años y ha ocurrido una catástrofe, desde que su conmovedor optimismo le hizo creer que “la primera de las obras de misericordia espiritual” iba a plasmarse en un movimiento vasto, arrollador. Nada había sucedido y ahora no hay tiempo sino para reconstruir, para empezar a poner en su puesto original lo que las fuerzas de la naturaleza han desperdigado en un gran patio circundado

de acapetate. Y Masferrer deja, esta vez, San Salvador, para buscar tranquilidad en su pueblo lejano, en Alegría, nombre que contrasta con la pesadumbre que ahora le embarga, ante tanto sufrimiento y ante el fracaso de su cruzada civilizadora.

Y, así, otra vez va camino de las cumbres usulutecas. Ahora no es la alegría del muchacho escapado del colegio. Ahora pareciera que el derrumbe de su optimismo, el derrumbe de sus ideales era definitivo.

CAPITULO VIII

REACCION

Vuelve Masferrer al sitio de su nacimiento, bajo la impresión del terremoto de 1919. Vuelve a contemplar el mismo paisaje y a renovar sus impresiones de la infancia. El ya no es el niño que correteaba por las calles y los predios cercados, hasta que le enlazaban los gritos de Leonor Mónico. Ahora tiene medio siglo cumplido, diez años mayor que el título de ciudad que le corresponde a su querido rincón natal: Alegría, Alegría en vez de Tecapa.

Alegría, como ciudad cabecera de distrito, bautizada en reconocimiento público a un sacerdote: José Miguel Alegría. El buen sacerdote había encontrado ambiente propicio no sólo para leer sus latines, sino para enseñarlos. La acogedora quietud era propia para reafirmar o modificar ideas sobre la vida. Pero, con el fracaso de su cruzada a costas Masferrer se hunde en el escepticismo. Si en esos momentos, como el personaje nietzscheano, estuviera ante el dilema de pronunciar la palabra tremenda, el mundo vería llegado su juicio final. Es uno de esos días en que por la falta más leve se des-

pide a la criada, se reprende y se hace llorar a los hijos, se recrimina a la mujer y la casa toda “vive un día negro”. Pero el no tiene mucho —casi nada—, sino unas cuantas ideas sueltas con el filósofo prusiano, como aquella de que “escribía con sangre”. Esa misma sangre pobre que ahora le había hecho volver a Tecapa y que le pedía, desde el fondo, un asidero en la voluntad, un asidero contra el germen que circulaba por sus venas. Por eso, porque Masferrer era físicamente débil, porque su cuerpo estaba destinado a la silla de ruedas de los paralíticos, ansiaba un puerto de anclaje, en dónde ponerse al paio de la tormenta inevitable. He ahí por qué buscaba a Nietzsche, para beber como en un ojo de agua, la voluntad de vivir, ya que no la “voluntad de poder”.

Nadie más cerca de Masferrer que “su” Nietzsche y nadie más alejado de Masferrer que el pensamiento filosófico de Nietzsche. El prusiano que por haber nacido el día de un cumpleaños real, se llamaba Federico en vasallaje al Rey, estaba muy lejos de quien había nacido como nacen los siervos o los peones y que se llamaba Alberto por accidente o por respeto al santoral. Constituían no solamente dos vidas diferentes, sino en análisis estricto, dos pensamientos antagónicos. Si ahondar en sistemas filosóficos, ¿cómo podían coexistir el prusiano que consideraba Europa como “musco de la cultura” y el alegre que tomaba a Europa como ejemplo de instituciones sociales? Para el uno, el Viejo Mundo era una cosa muerta. Para el otro, una cosa viva.

Masferrer tiene una característica que han pasado por alto sus biógrafos: no tiene escuela filosófica determinada, no sigue sistema exclusivo de doctrinas, sino que busca la verdad donde quiera que se encuentre. En el Sartus Resartus del anti-utilitarista Carlyle, lo mismo que en el Zaratustra del anti-idealista Nietzsche, tomará de ellos lo que de ellos se avenga para mejores condiciones de vida para su pueblo. Pero el Super-Hombre de Nietzsche tiene ahora menos inte-

rés que el Superhombre —el Superman— de las tiras cómicas de los diarios capitalinos.

No, Masferrer es de voluntad diferente, muy superior a la del prusiano, no sólo en pasar a través del bosque de las especulaciones filosóficas, sino también para lograr resultados materiales. Nietzsche sucumbe donde Masferrer alcanza la victoria: en el dominio de sí mismo. Cuando la parálisis ciñe al prusiano, el hombre de la voluntad de dominio, el de la “voluntad de poder”, no puede con sus propia humanidad y, paralítico, pierde la razón y va, inerte, a seguir soñando en un manicomio. Cuando a Masferrer los médicos le desahucian, desde su silla de ruedas les sonrío serenamente y, poco después, paso a paso va camino de la casa de los galenos a rendir agradecimientos por los cuidados que le prodigaron.

Hay diferencia entre uno y otro. El uno quería la destrucción, la subversión de la tabla de valores morales de Europa, es decir, de la cultura occidental. El otro, anhelaba más cultura occidental para sus coterráneos. El uno, Masferrer, hablaba con unción de Jesucristo y veneraba a Dios. El otro, Nietzsche, lanzaba las más negras herejías contra los dioses y contra Dios. ¡Había diferencia!

Nietzsche es el hombre que “suicidó” a Dios, para que, más tarde, otro pensador, Papini, tratara de suicidar el pensamiento de Nietzsche. El primero proclamó el crepúsculo del cristianismo y, el segundo, el crepúsculo de Nietzsche y, por él, el crepúsculo de la filosofía. Pero de aquella filosofía a la cual los hombres sensatos no quisiera, dicen, volver a matar en público.

Entre esos dos extremos —entre esos dos polos de la filosofía— se coloca Masferrer. Para él, Dios creó al hombre a su imagen y semejanza y nunca a Masferrer se le cruzó por la mente que el hombre deba crear a Dios a semejanza del Superhombre. Esa imagen y semejanza obliga al hombre a

comportarse “en planos elevados”, es decir, con acatamiento a una conciencia moral que redunde en comprensión, en solidaridad y no en intolerancia y explotación. Y esa conciencia moral, es “luz y resplandor”, que surge en Jesús, en Sócrates, en Pitágoras, en Buda. Y en todos ellos enciende Masferrer su lámpara, porque la luz es luz siempre, así venga del sol o del “candil” de una de esas carretas que pasan de noche por las calles de Alegría.

Pero ahora, está ahí, triste, tal vez irritado, un tanto sombrío y bastante pesimista, viendo que nada ha cambiado, que nada ha sufrido transformación, a pesar de que ahora Alegría es toda una ciudad. . .

Sonríe ante el candor de la gente que cree que “el título” hace la cosa y que las “ciudades” se vuelven ciudades por un plumazo legislativo. Si a él, en 1879 —un muchacho de once años—, se le hubiera pedido la venia para conceder el título a Tecapa, seguramente se habría opuesto, cabalmente por tratarse de su rincón natal. Para él, la ciudad debe reunir ciertos requisitos: “tener casas de escuela, propias y decentes; agua bastante, bibliotecas municipales, baños públicos, oficinas de correos y telégrafos, asilo de huérfanos, buena casa-cabildo, bonita y limpia iglesia; cementerio que sólo sirva para los muertos y no para repasto; calles barridas con escoba todos los días, como para recibir la visita del Gobernador; caminos vecinales transitables en invierno y una imprentita, aunque fuera con candado *Yale*, para hacer justicia a la benéfica y desinteresada labor del señor Alcalde”. ¡Eso, porque “ciudad” no es “suciedad”! La ciudad es cultura y “la cultura comienza con el agua y con el jabón”:

Verdades así, sencillas, expresaba Masferrer. Y por lo sencillas, resultaban desconcertantes a sus adversarios. Para ellos cada verdad les tomaba desprevenidos. Se les escapaba una verdad evidente: los hombres que se queman en una idea, sorprenden en todo la relación de esa idea con la vida

diaria. Y la vida diaria es cambiante, como la corriente del río en donde Heráclito no podía lavarse dos veces las manos en la misma agua. Así, se equivocan al querer verlo con la misma inmovilidad de un cromó iluminado de San Jorge y el dragón: en una lucha que no es lucha, en un movimiento que no es movimiento. Le quieren ingenuo con la ingenuidad de un almanaque en el cual los santos de abril están siempre en abril.

La comprensión es un esfuerzo, es una *transustanciación* de los propios elementos espirituales con el de la persona a quien deseamos hacer objeto de nuestra comprensión. Por eso se cansan al seguir el rápido vuelo de aquella ala de albatros —como él se consideraba— y entonces suspenden toda persecución de la idea. Le tildan de hablar por hablar, olvidándose que todo tiene sentido, si se bucea detrás de la apariencia, en el fondo de la probeta en donde se manejan los elementos espirituales. Masferrer siente desgarrarse, minuto a minuto, todo su ser interno. Su angustia es la infinita angustia del que sabe lo inasible que es la verdad. Sólo quien no busca la verdad —ni siquiera la certeza— puede afirmarla siempre con la misma intensidad. Pero el que se ve envuelto en el huracán de la duda —no la duda estática, sino en constante aparecer y desaparecer— sabe que la verdad no es siempre la misma, no siempre está del mismo perfil. Y esos huracanes de duda le arrancan frases, gritos de caudalosa sinceridad íntima, de grandes inundaciones de la conciencia, que dejan al mismo tiempo que el limo fecundo de las ideas, la ruina de lo que ahí había estado construido, de lo que ahí había estado cultivado.

Pensar, hasta cierto punto, es arrasar, derruir, constantemente, para que el campo esté siempre listo para la nueva cosecha. Si el pensamiento fuera como esos grandes árboles, como esos “sequoias” milenarios, la humanidad estaría aún en sus primeras etapas. Esos árboles resisten los huracanes de

la naturaleza y, en medio de las fuerzas destructoras, siguen creciendo y manteniéndose en una sola dirección; pero todo a su alrededor ha perecido: el fruto vital, la flor y su aroma. Hay, pues, quien pueda resistir y contrarrestar los huracanes de la naturaleza, pero, “estos otros huracanes de la conciencia, esta tempestad de la duda que todo lo asuela, que convierte la soberbia cumbre en abismo aterrador... ¡estas tempestades...! ¡estas tempestades...!”, son algo más allá de toda tortura imaginable. Su conciencia se siente presa, ahogándose, asfixiándose en la duda y cuando ha logrado salir, liberarse, por un momento de esa angustia, nadie, nadie hablará nunca por hablar...

Su grito desgarrador no es el grito de quien anuncia un peligro, sino el grito de quien pide auxilio porque está a punto de perecer. *¡Estas tempestades, estas tempestades!*, son algo que está sintiendo allí, en el alma, en lo más hondo de su agitada existencia. Se puede imaginársele aprisionado por ese monstruo de la duda y su sinceridad —la sinceridad de su grito— adquiere todos los contornos de un personaje de tragedia. Es una lucha desesperada, casi sin salvación, al borde de los despeñaderos, arrastrado por los elementos, golpeado por las rocas, en una confusión atroz de todas las cosas. Y entre ese naufragio, no se puede hablar por hablar, porque cada palabra es, tiene que ser, una palabra para encontrar un asidero.

Dentro del alma, esas tempestades duran un minuto o un siglo. Y cuando desaparecen, el cielo brilla mucho más limpio, mucho más amplio y todo ofrece un nuevo verdor. La luz es más luz y una nueva inundación blanca trae el sedante necesario para reparar el agotamiento espiritual. Esas dos inundaciones, esas dos tempestades, esos dos huracanes que se suceden uno a otro, han sido un fenómeno “meteorológico” en el cielo espiritual de los grandes. La inundación negra, sombría, aterradoramente de la duda y luego la inundación

blanca de la luz, que trae el calor necesario para una nueva siembra, para un nuevo cultivar de la verdad. Pero entre el momento en que todo se ennegrece y el otro, hay una línea terrible, un instante fatal, en que todo puede hundirse, en el que las sombras no rodean el espíritu, sino que se posesionan de él y se meten adentro y lo condenan a eterna oscuridad.

Pero antes de que la conciencia llegue “a su plenitud”, antes de haber sacado la cabeza desde las profundas aguas de la duda, “¡cuánto dolor, cuánta vacilación, cuánto ir y venir del entusiasmo al desaliento!” —dirá Masferrer, en su Vida de Jesús—. En esa obra inconclusa, es donde se encuentran los mejores rasgos de la personalidad íntima de Masferrer. No es la huida del iniciado, no es el tirar y colgar los hábitos, como en Renán, tampoco es la apasionada negación de Papini. No es, en una palabra resultado de una crisis, sino el encuentro de un camino, del camino que Masferrer ha buscado toda la vida. Esa Vida de Jesús hombre, nada tiene de parentesco ni con el Jesús de Maurois, visto a través de una apreciación literaria, ni con el Jesús de Emil Ludwig, desarrollada como reconstrucción sociológica del pueblo judío. Masferrer no tiene por qué abjurar de una creencia que nunca profesó en el sentido ortodoxo, en donde el Divino Cristo está crucificado, no en una cruz, sino dentro de ritos, leyendas, supersticiones. Tampoco es una reacción química de conciencia, en donde estuvo siempre como el elemento simple, a la par de todos los guías, de todos los conductores, desde Sócrates, a Buda, desde Buda a Jesús.

La concepción de su Jesús en *Estudios y Figuraciones*, es un hecho más apegado a la vida, sin limitaciones, sin finalidades ultraterrenas, sino con una misión aquí cerca, aquí entre los hombres de hoy y de mañana y de siempre. Una esperanza es la salvación del hombre en el hombre mismo, en su conciencia, en su conducta, en su aprehensión, de los verdaderos estímulos para una simpatía, una comprensión

amplia, universal. Podría creerse, que Masferrer colocaba el concepto de Dios en la escala única de los valores éticos, si no incluyera también en esa misión la vida material como consecuencia. Es, siempre, un tanteo, un propósito constante de encontrar la armonía, el equilibrio de una mejor convivencia entre los hombres, entre los poderosos y los débiles.

Cuando Masferrer pensó en su Vida de Jesús, ya sus palabras se acreditaban al “literato que marcha al frente del pensamiento nacional”, según afirmaba desde San Vicente Sarbelio Navarrete. Nada más que erraría quien buscara en aquellas páginas al “literato”, al escritor y no al hombre que busca un camino para explicarse a sí mismo, para encontrarse a sí mismo. En esa búsqueda le acompañarían millares de salvadoreños, nacidos como él, de una “*condición meramente carnal y a veces fortuita*”. Su introversión es un análisis de una realidad social, encasillada en cifras estadísticas, en los registros civiles de todos los municipios, en casi todos —o en todos— los países de América. Las condiciones “meramente carnales” en que nacen millones de seres, las “condiciones fortuitas” en que se ve envuelta la mujer en estos países, obligada bajo diversas circunstancias a cumplir con una función que debiera ser naturalmente manifestada pero que, entre nosotros, sigue siendo impuesta por otras fuerzas, por otras condiciones. Sin saberlo, sin intentarlo, Masferrer estaba defendiendo, no el nacimiento espúreo de Jesús, sino su propio nacimiento y el nacimiento de millares de hombres en el mundo. Quería restarle importancia al “hecho de nacer”, y lo que hacía era justificar “el hecho de abusar”, en una sociedad no preparada todavía para una sana comprensión de esas “relaciones fortuitas”...

Y, así, con un origen similar, tenía que construir su figura de Jesús: un muchacho, un niño que vivió “como viven los niños buenos, sanos, equilibrados, cuando no son de padres miserables ni opulentos, sino de una *moderada y go-*

zosa pobreza...” Así, sencillamente, como si comenzara a escribir su propia biografía, concibe la infancia de Jesús. “*Nuestra vida era bastante modesta*”, había dicho unos cuantos años antes, en *Niñerías* describiendo sus primeros años. Y se acerca todavía más a ese fenómeno de translación cuando afirma que Jesús era de los “niños que viven alegres, al aire libre, *ayudando, a veces, a la madre en sus quehaceres, que ellos imaginan ser juegos*”, que es la misma idea y casi las mismas palabras con que él propio describía sus primeros años: “Yo —antes el “yo”, no como una infracción de reglas gramaticales, sino como exuberancia subjetiva— y mi hermano hacíamos *los oficios de la casa*. Comprar el pan, el queso, las velas, atizar el fuego, barrer la casa, *nunca fueron para nosotros actos degradantes...*” Eran quehaceres que les resultaban tan grandes placeres como “llevar la campanilla en el viático o vestir de acólito, que es cuanto se puede desear”.

La misma concepción del Dios-hombre, del dios doméstico —no domesticado— que se le metió por el alma en sus primeros años, es el que él trata de formar en sus Figuraciones. Más cerca estuvo él de Dios, que aquellos que aceptan ya un dios hecho, un dios formado sin parte alguna de nuestro cuerpo, de nuestra alma. En esta obra —herética para algunos— apenas si hay algo de Dios y mucho de Masferrer: una autobiografía atribuida a otro ser, como el máximo de la timidez, como la mayor negación de la llama interna. Porque Masferrer, tiene ya cerca de sesenta años cuando la da a la imprenta y a un sexagenario que intentara describirse como un Héroe Carlyleano, se le habría ridiculizado con el regreso a su segunda infancia. Pero en el transfondo es el muchachito de Tecapa y se le puede adivinar con “faldas de la camisa volando, el dinero metido en la boca, el plato debajo del brazo”, corriendo, corriendo para llegar más tarde de regreso, con “la mantecosa torta acribillada a pellizcos”.

CAPITULO IX

RETRATO

Si Masferrer quiso humanizar a Cristo, lo que logró fue hacer su propio retrato. En el rincón interno de cada ser humano hay una figura completa o apenas un rostro de lo que Dios debe ser. La iconografía sagrada, por eso, ha cambiado de época en época, hasta llegar al San José con su cabello rasurado en dos crenchas bien asentadas por la brillantina; y a la Virgen María, vestida con refajo antillano, llevando en los brazos a un niño Dios de caites y pantaloncitos de manta. Y eso no es herejía, sino, al contrario, exuberancia religiosa, tal como lo tuvo que reconocer el Vaticano mismo, al autorizar esa iconografía que hoy da vida natural a los altares de las iglesias en las Antillas. En esa transformación, el espíritu religioso se ha manifestado más cerca de la comprensión, más cerca de la libertad espiritual. Porque al acercar a Dios a sus propias vidas, se han acercado ellos mismos, sin reservas o inhibiciones mentales, sin coacción del espíritu. Al darle a Dios una semejanza con el prójimo, con el hombre que vive ahí, cerca; al imaginar a

la Virgen en forma semejante a la mujer que amamanta al hijo en la casa vecina, no solamente transforman la iconografía, sino que avivan y reviven constantemente su fe religiosa.

Y la fe religiosa es la que se entremezcla en la figura de Jesús masferreriana. Una fe religiosa como la que Masferrer expresa, ha de armonizar su vestido de acólito con su túnica oriental, en un esfuerzo de síntesis. Pudo describir un Buda, pero sus energías internas le llevaron a formarse una imagen de Jesús, como el símbolo —no el signo— de la perfecta armonía, de la perfecta comprensión. Y por eso, él rechaza la leyenda que nace de una fuente distinta de la del pueblo. La leyenda que se aparta del pueblo, no tiene para Masferrer significación ni belleza.

La fidelidad con que procura siempre elevar el concepto del pueblo, le lleva también a colocarlo en los planos desde donde han de emanar los valores éticos. Por eso su filosofía no se parece a ninguna otra, ni de sus contemporáneos, ni de sus coterráneos. Si no se le reconoce esta verdad, si se quiere seguir creyéndole un filósofo más, un “literato” más, no se comprenderá nunca la extensión de su propia tragedia: la de buscar senderos que le aparten de fuerzas opresoras, a las cuales todavía se apegan ciertos sectores en nuestros países.

En esa actitud, hay que ver una huida de Europa y del Viejo Mundo, aunque se lleve en su bagaje algunos valores de la cultura, los valores que tienen vigencia universal. Y son ellos, exactamente, los que informan, los que le dan fundamento a *Estudios y Figuraciones de la Vida de Jesús*. Pero en manos de Masferrer salen en aleaciones tropicalizadas, con un nuevo brillo y una nueva misión: la de agentes vitales, mucho más que meros conceptos de magra especulación.

Muy hondo cuaja el pensamiento. Y al adelantarse al desarrollo intelectual, al convertirse en el hombre que va a

la cabeza del pensamiento en el país, se está adelantando ya a la indiferencia, primero y a la diatriba después, alrededor de su obra. Es la misma sombra negativa que se proyectó sobre los viejos crisoles de donde iban a salir, siglos adelante, las fórmulas de los materiales fisionables; la misma sobre muchos hombres que perseguían el bien de sus semejantes por senderos no autorizados: Bruno, Bacon, Servet. . .

Masferrer manipula los elementos más misteriosos, los cuerpos más disímiles y antagónicos, buscando el punto de fusión que los armonice. Su destino no puede ser otro que el de quien trata de convertir, de transmutar los metales groseros en oro. Puede vérselo, al favor de la noche, encerrado, casi oculto en su taller cerebral, escribiendo fórmulas, inscribiendo círculos, pronunciando palabras de conjuro. Cada elemento es sopesado en la balancilla de su ilusión por un sistema político-social en donde sean menos la opresión de los opresores y sea más la libertad de los oprimidos. Y de la sinceridad, de la comprensión, de la simpatía, del amor y de otros tantos elementos, intenta extraer el noble metal, el compuesto químico que sea al mismo tiempo la base aplicable a la alfabetización del campesino, a las condiciones humanas de la vivienda obrera, al mejor nivel de vida de los trabajadores, a la elevación moral de todos.

Su búsqueda es dramática y, a veces, mientras manipula en la sombra, toca cuerpos extraños que se metieron en su probeta y que produjeron emanaciones letales. Entonces, medio asfixiado, sofocado, busca la grieta del destino por la cual se mezclaron esos elementos extraños. Como a sus antecesores —y como a los que han de seguirle— su destino está en la punta de su cucurucho de mago, envuelto en el humo de fórmulas incontrolables. Su destino está íntimamente ligado a ese “desconcierto” que produce con sus resultados, con sus “conclusiones”, con su Vida de Jesús, formada con la biografía anónima de las multitudes. Esas muchedumbres que

gritan: “¡Queremos ya, para hoy, para todos los días, para siempre, esto que es nuestro y se nos está robando siempre: el pan!”

De pronto, por alguna rendija de su taller, se ha metido un personaje extraño. La dulzura de Jesús, envuelto en mantos de lirios, deja de lado la poesía y adquiere un sentido de realidad, un sentido de permanente actualidad en la vida sobre la tierra. Un sentido que trae rodando la miseria desde los tiempos bíblicos y la pone cara a cara de los hombres de hoy. La “transmutación” resulta, para muchos, desconcertante... Es una confrontación de la realidad de ayer que sigue siendo la realidad de hoy.

El ala contra el huracán va percibiendo, cada vez más, lo intenso del choque. Entre el lirismo que rodea el crecimiento de Jesús, se han introducido ciertas partículas que, al combinarse, le cambian el aspecto que sus contemporáneos han bebido pegados al pecho materno. Ya no es Jesús la alegre figura de los primeros años y aunque, todavía, Masferrer considera que “dos flores montañosas rebosantes de savia y hermosura que, al unirse, crearon una que tenía la esbeltez de los lirios, el fuego de las amapolas, la sencillez del cardo, la tersura blanca de las magnolias y la gracia infantil de los alélís”, por las rendijas misteriosas se han colado ingredientes que, por fatalidad de sus esencias, han tenido que transformar el fruto de esas “dos flores montañosas”.

Ahora tiene Jesús un enérgico sentido social. No es solamente la acción negativa de predicar la humildad y de azotar a los mercaderes del templo. Da normas de sentido práctico para adquirir un asiento en el reino de los cielos y, sobre todo, ofrece una interpretación audaz, desconcertante, para quienes no han tenido tiempo de aprehender, de captar la vasta movilidad del pensamiento masferreriano. El significado cristiano de Jesús se mantiene en todas sus páginas, pero en ellas ha venido generándose la conclusión que

demanda esa unidad de que hablamos en las aparentes contradicciones de Masferrer: las necesidades de "su" pueblo. La prédica de Jesús y los profetas era sencillamente el "comunismo".

Podría creerse que aquí Masferrer había ya tomado el camino último, que aquí sí ya habría terminado su lucha contra el huracán. Ya tendría fuentes donde apagar su sed y hallaría en el *Manifiesto Comunista* el *súmmum* de razones y medios para alcanzar ese mejor nivel de vida que tanto le preocupaba para los campesinos, para los obreros, para los trabajadores. Pero no es así, sencillamente, porque Masferrer es "desconcertante" y el "comunismo" que le sugiere la vida de Jesús es otro, muy diferente del que argumenta con el materialismo dialéctico. El "comunismo" de que habla Masferrer, necesita de ciertas condiciones:

Un comunismo sin teorías. El, que posee un agudo sentido intuitivo, que ha formulado su propia *teoría* sobre Jesús, abjura desde ese momento de toda teoría.

Un comunismo sin retórica. El, que ha querido embellecer retóricamente la vida de Jesús, arremete contra toda manifestación retórica.

Un comunismo sin doctrinas económicas. El, que acepta la doctrina que expone Henry George como medio de hacer menos ingrata la realidad entre "progreso y miseria", ahora desea que *su* comunismo esté alejado de doctrinas económicas.

Un comunismo sin apelaciones a la ciencia. El, que en el más humilde terreno da a la higiene una fuerza civilizadora, no quiere la ciencia dentro de *su* comunismo. El, que divulga que "gnosis" significa ciencia y religión, ley moral y ley física, síntesis que explica cuanto el hombre es capaz de comprender sobre el "origen y la vida del universo", rehusa la intervención de la ciencia.

Un comunismo "sin interpretaciones de la historia". El,

que históricamente comprende la miseria, la esclavitud, quiere dejar por fuera lo que diera apoyo a Marx y Engels.

Entonces, ¿cuál es el comunismo de que habla Masferrer? Es sencillamente un *comunismo cristiano*. Y aun aquí se erraría, si no se hace la separación entre esos dos elementos. Ni es la dádiva del pan o de la capa, ni es tampoco la contraposición al sistema social imperante. Si él mismo no descubriese la intimidad de su pensamiento, se vería aquí una contradicción desconcertante. Pero él afirma que ese comunismo es “simplemente el derecho a comer, fundado en el título que se llama hambre; el derecho a vestirse, por la buena y total razón de hallarse desnudo”.

Arrancarlo de los valores éticos que rigen en la civilización de Occidente, sería no sólo desvirtuar sus afanes, su lucha contra el huracán, sino dejar de comprender la amplitud ética que encierra el pensamiento masferreriano. No hay contradicción cuando él rechaza la teoría, la retórica, la doctrina, la ciencia, la historia, cuando todo ello no se traduce en respeto para los valores éticos de la comprensión, de la simpatía, del amor. Todas esas construcciones del sentimiento, del pensamiento y de la voluntad de la vida humana no juegan papel alguno cuando pretenden justificar la desnudez y el hambre.

Veinte años pasa meditando, “soñando” en la obra. Pero la “pobreza, tristeza y enfermedad” le han tenido así, maniatado. Y pasarán tres años, después de esta huida a sus colinas natales, antes de empezarla. Y un día le llega la carta de Tegucigalpa, ofreciéndole la seguridad económica, un colegio, un colegio para que él lo cree y lo dirija. Y también, a través de sus amigos, le llega la promesa de ayuda del gobierno salvadoreño: un empleo, un empleo que le garantice los medios para subsistir. El, que está triste, doblemente triste, agotado al extremo, se halla frente a estos ofrecimientos ante una situación decisiva. De un lado, a la seguridad económica y lo

que ella da por añadidura; del otro, la lucha eterna y la eterna intriga y el eterno silencio a su alrededor.

Si Masferrer hubiese aceptado el colegio hondureño, su vida, indudablemente, habría tomado un rumbo distinto y no habría presenciado el año veintidós, trágico en los anales políticos, trágico en el zumbir de los proyectiles, horadando los vestidos azul y blanco de mujeres y niños en la capital salvadoreña. Y quizá en la paz serena de los pinares hondureños, habría tenido que esperar todavía esa vida de Jesús, que no es realmente sino el preámbulo de su construcción definitiva: el *Mínimum Vital*.

Pero Masferrer era un ala contra el huracán. Su destino le guiaba hacia donde estaban los elementos de sus preocupaciones. Y regresó a San Salvador. Regresó a reiniciar su vuelo momentáneamente suspendido. Y, así, con plumas que se habían hecho ya veteranas en su combate contra los huracanes, se preparó para el *Mínimum Vital*.

CAPITULO X

PATRIA

Masferrer escribió muchos libros, veintidós en cuarenta años. Pero su obra más discutida —y, sin lugar a dudas, una de las más importantes— no la escribió originalmente en forma de libro. La fue redactando desde su escritorio de director de un diario, entre el artículo polémico o doctrinario, entre el ajetreo de la noticia corriente y lo sensacional del momento. Así fue tomando cuerpo su obra culminante.

No fue una obra improvisada, porque Masferrer tenía pasión por la exactitud de palabras y de conceptos. Los jóvenes redactores supieron siempre de sus advertencias en todo cuanto escribían, así fuera el más insignificante de los temas. Los tipógrafos que “levantaban” el material del Maestro, también se vieron envueltos en la red de su exactitud y, todavía más, el director no dejaba solamente hechas “mapa” las pruebas de galera, sino que sus correcciones equivalían muchas veces a un nuevo artículo.

Cuando el viernes 10 de agosto de 1928 apareció “La Doctrina del Minimum Vital. — Su definición y alcances”,

en la columna editorial, seguramente los cajistas han de haber sudado a cántaros. No llevaba dos meses el diario PATRIA y sus trabajadores no estarían todavía acostumbrados al rigorismo en las pruebas. Así que fácil es verlos sorprendidos frente a las correcciones que deben de haber sufrido los originales. El sábado 11 apareció el II artículo, el martes 14, el III y al día siguiente, miércoles 15 de agosto de 1928, aparece la IV y última parte de la “Doctrina” vitalista, según la llamará al día siguiente.

Se goza, por aquella época, de una relativa libertad de expresión. PATRIA —a cinco centavos— tiene una amplia acogida, principalmente entre los sectores intelectuales y obreros. Son estos sectores los que se encargan de comentar, de difundir la nueva doctrina. Los obreros se impacientan hasta pedir que se empiece inmediatamente a poner en práctica los postulados de aquella doctrina. En los corrillos oficiales no falta quien pretenda ponerle coto a la “insensatez” masferreriana. Son ideas disolventes, son ideas que vienen a perturbar el orden público. ¿A dónde pueden conducir tal prédica y tal movimiento popular a su alrededor? Porque, desde las primeras galeradas, la Doctrina Vitalista ha causado conmoción. Esos artículos de PATRIA, son peligrosos, pueden cambiar la pasividad de las masas en una acción de protesta y de reivindicación. Sí, en los bancos de los parques, en los talleres, en las “peñas”, en los restaurantes, sólo hay un tema para todas las conversaciones: la doctrina vitalista.

Era un caso único en el diarismo salvadoreño. Sin mucha exageración podría asegurarse que los canillitas apenas si buscaban a los lectores, sino éstos buscaban a los canillitas. Se leía, se comentaba en favor o en contra cada línea. Un editorial, un artículo y hasta una simple gacetilla del diario de Masferrer llevaba cada día una sorpresa para el indolente medio cultural del país. Desde el primer número, PATRIA produjo acaloradas discusiones, en las *Ciatensas*

—los viejos autobuses—, en los intermedios de las funciones teatrales, en el mesón y en las iglesias, en el profesor de instrucción elemental y en el catedrático universitario, en la señora del mercado y en la matrona de los comités benéficos, en el Ministro de Estado y en el Agente de Policía.

En el Valle de las Hamacas el pueblo estaba sintiendo uno de aquellos temblores destructores. El asombro solamente dejaba su lugar a otro asombro por las múltiples campañas emprendidas por PATRIA. Ahí está la enérgica defensa de la libertad de prensa, solapadamente amenazada con algún proyecto que se propone en la Asamblea Legislativa. Los diputados forman grupos de opiniones diversas, aunque en todos cause la pluma de Masferrer una acción equilibradora. Aquel hombre ha hecho posible un milagro: ha hecho pensar al pueblo.

En cincuenta años Masferrer no logra lo que obtiene en cuatro años de periodismo. De periodismo en el cual no tiene que frenar su pensamiento en acatamiento al decálogo de jefe alguno. Es él el Director de PATRIA y, —uno de sus más fieles adeptos— dirá en nota necrológica: “Patria es Masferrer y Masferrer es Patria”.

Una de esas derrotas que engrandecen aun más a los grandes, la goza proveniente del Congreso, a quien ha combatido no sólo por los propósitos de mordaza al Cuarto Poder, sino por intentos de empréstitos, PATRIA ha fustigado a la Asamblea. Un empréstito, ha sostenido, es lo mismo que comprometer la soberanía nacional. El de 1922 ha llevado a la intervención aduanal y el Representante del Empréstito es el verdadero amo de la Economía del país. En respuesta a esa actitud, la Asamblea acuerda derogar una pensión de trescientos colones aprobada treinta días atrás: Masferrer nunca cobró la pensión a que tenía derecho por sus muchos años de servicio en favor del país. . .

Su lucha contra los empréstitos resulta, cuatro años des-

pués, una jugarrera del destino, porque precisamente Masferrer ha hecho triunfar una candidatura y el nuevo gobierno en una de sus primeras medidas, propone... la contratación de un empréstito. El Presidente no llegó a “comprometer la soberanía nacional”, porque no tuvo tiempo para contratar el préstamo: fue derrocado por el pueblo, a los nueve meses de administración...

La soberana Asamblea también fue blanco de los dardos puntiagudos de la crítica de Masferrer, por la tardanza, mejor dicho, por la indiferencia de resolver en un proyecto de protección a la niñez. Hace tres años —les recordaba en nota editorial— “la Sociedad Protectora de Madres Desvalidas” había presentado una petición con más de cuatrocientas firmas de señoras y señoritas, tendiente a investigar la paternidad. El país sufre daño “a causa de la enorme cantidad de niños que no tienen padre”. La Asamblea descargó en la Universidad el estudio y dictamen, fijándole un año de plazo máximo... y habían pasado ya tres años. “¿No creen la honorable Asamblea y la honorable Universidad que este pavoroso problema de los niños sin padre merece la más urgente solución?”

La interrogación sigue en pie, como siguen muchos de los problemas señalados por Masferrer. “Se me hace insoportable no ver en torno mío igual ambiente de cultura” que el que había podido observar en otros países. La defensa de la niñez fue una de sus caras preocupaciones, y sorprende que el luchador no desencadenara en esa oportunidad toda la fuerza de sus rayos. Seguramente no es cansancio, porque todavía le esperan años de lucha más intensa, en los cuales demostrará una energía que nadie podía sospechar en un cuerpo “tan débil, tan sensible, tan inmaterial”.

Es que todavía no quiere agotar su arsenal. Prepara sus planes para batallas más decisivas. Todas sus armas mejores se encuentran cubiertas, para ser desempacadas cuando la

lucha se acerque a su última decisión. Siempre tuvo conciencia de que llegaría ese momento. De que sería inevitable formar frente a frente los elementos del combate final. Por el momento, es él quien está sitiado, aunque en apariencia sea él quien mantenga bajo el fuego al adversario. Es él quien encontró no una trinchera, sino todo un alcázar en las columnas de PATRIA. Desde ahí domina todos los rumbos, desde ahí abre fuego sobre tantos y tantos problemas y desastrosos. Sus piezas tienen una potencia de fuego admirable, pero no cambian la situación en que se encuentra: sitiado por el ambiente, sitiado por las fuerzas estacionarias, sitiado por la malicia, por la indiferencia, por el rencor, por la venganza y cuanta fuerza anti-ética pueda utilizarse contra un hombre que lucha por hacer avanzar la Patria.

Para escándalo de esas fuerzas estacionarias, desde el primer momento ha declarado: "En este diario la palabra Patria tendrá una significación muy restringida y muy concreta: significará, en primer lugar y sobre todo, la vida de los salvadoreños que viven actualmente". Una interpretación biológica de un concepto honrosamente abstracto. No hacía más que un siglo desde que los centroamericanos habían logrado crear una Patria en el sentido universal de la palabra. Un conmovedor romanticismo hacía llorar a los poetas y daba tonos vibrantes a los oradores en cada aniversario. Las tres o cuatro generaciones anteriores prestaron el suficiente apoyo sentimental, para que la sociedad siguiera considerando el antiguo concepto de Patria como un concepto eterno.

Incambiabile e intocable debería ser ese concepto, que encerraba todo el pasado, aunque fuese un pasado apenas distante un poco más de cien años. La sorpresa es enorme. ¡Masferrer contra el pasado!, exclamaban las vestales del fuego patriótico. Pero es que no se han dado cuenta de que Masferrer estuvo siempre contra todo lo que está haciendo vivir el pasado en presente, mediante un pensamiento he-

rrumbroso. Y para eliminar esa herrumbre, él vierte el ácido de sus herejías.

Porque no puede ser sino una verdadera herejía intentar derribar del primer plano lo “tabú”, lo intocable, aunque ese intocable sea como los parias de la India, todo un símbolo de miseria social. “El escudo, la bandera, los próceres —empieza la enumeración herética—, los antepasados, las guerras con los vecinos, Atlacatl, la mitología india y todo lo demás que forma el *Ayer*, pasará a segundo término, por interesante que parezca”. Es este el primer Editorial en el primer número de PATRIA y es toda una declaratoria de guerra.

Aun hoy, a la distancia del momento histórico en que se pronunció esa subversión de valores, la declaratoria constituye un escándalo. Pero, en realidad, Masferrer no pulveriza todo ese acervo histórico, ni siquiera le coloca realmente en “segundo término” para la cultura nacional. Es únicamente en su periódico en donde todo ese “Ayer” quedará a merced de los problemas urgentes, de los problemas que darían al resolverseles, una fisonomía de pueblo civilizado, con instituciones de hondo sentido humano. Aquellas instituciones a las que Masferrer se había acostumbrado en los trece años que había vivido “en centros de mucha cultura”.

Así que lo que en apariencia se presentaba como herejía, en el fondo era apenas un desahogo, violento si se quiere, de su cabal sentido de patriotismo. Nadie que ame la Patria querrá verla encadenada al “Ayer”. Ningún pueblo avanza si se empecina en reafirmarse en el pasado. Superar el pasado es la consigna dinámicamente patriótica, que ha de cumplirse hoy y cada día. Un continuado esfuerzo de superación, antes de que el hoy haya pasado. Nadie querría, para el caso, ver cómo todavía nos vestíamos con taparrabo, solamente para exaltar más los heroicos tiempos de Atlacatl.

PATRIA hace periodismo de altura, dinámico, enérgico, nervioso, combativo. La segunda de sus ilustraciones —ha sido

hasta entonces un diario sin grabados— es la de César Augusto Sandino, en ocasión del apresamiento del representante del Héroe de las Segovias. Las autoridades alegan en su descargo, que desconocían quién era el periodista Carleton Beals. Pero el diario de Masferrer deja constancia de su protesta.

A cada zarpazo de aquel hombre tan débil, tan enfermo, tan inmaterial, se agazapan los funcionarios a quienes van dirigidos. Ni la mezquindad de la Asamblea Legislativa suprimiéndole una pensión que acaba de concederle, ni las agotadoras y peligrosas polémicas dirigidas desde arriba, hacen cambiar la línea del periodista. Y desde la imprentita de don José Bernal, sigue la lucha indetenible.

El silencio que ha rodeado lo medular de la obra masferreriana, empieza a poblarse de voces humildes. Y las gentes le ven pasar, día a día, rumbo al Oriente de la capital, como un hombrecito a quien podría derribar una sola ráfaga de viento. Son cosas familiares su sombrero de fieltro, su traje de casimir oscuro y su chaleco en el cual se encomba de bolsillo a bolsillo, una larga leontina. . .

Dejémoslo así, caminando hacia el Oriente. Dejémoslo así, en movimiento. Porque si bien el huracán se desencadenó al fin y el enjambre rural abatido arrastró consigo el ala luchadora, lo que en realidad era Alberto Masferrer sigue en movimiento. Sigue su trayectoria, sin detención alguna, porque impera en los hombres una nueva conciencia y esa conciencia va haciendo surgir instituciones que son realidad plena en otros ambientes de cultura.

Masferrer sigue en movimiento y sus ideas ya no son alas contra el huracán. Algún día habrán de posarse en un parque espléndido animado de rondas infantiles. Algún día serán aliento de bibliotecas impulsadas hacia el futuro. Hasta entonces, Masferrer quizá siga caminando hacia el Oriente, hacia PATRIA, a redactar el capítulo final del libro que nunca escribió. . .

INDICE

CAPITULO	PAGINA
Acta del Jurado Calificador	7
I—Alma rural	11
II—Don Enrique	15
III—Traga-libros	19
IV—Hombrecito	27
V—Pitagórico y vario	35
VI—Buscando el camino	45
VII—Derrumbe	55
VIII—Reacción	61
IX—Retrato	71
X—Patria	79

Este volumen de la Colección Certamen Nacional de Cultura, se terminó de imprimir el día 26 de Agosto de 1958 en los Talleres del Departamento Editorial del Ministerio de Cultura.—San Salvador, El Salvador, C. A.



01M020888